

# LA LECTURA PARA TODOS.

## SEMANARIO ILUSTRADO.

### NOVELAS, VIAJES, LITERATURA, HISTORIA, ETC., ETC.

#### PRECIOS : EN MADRID,

LLEVADO A DOMICILIO.

Tres meses. . . . .	8 reales.
Seis meses. . . . .	15 »
Un año. . . . .	28 »

Se suscribe en Madrid en la administracion, libreria extranjera y nacional de D. Carlos **Bailly-Bailliere**, librero de cámara de SS. MM. y de la Universidad central, calle del Principe, núm. 41.  
En Provincias en todas las librerías y administraciones de Correos.

#### PRECIOS : EN PROVINCIAS,

FRANCO DE PORTE.

Tres meses. . . . .	12 reales.
Seis meses. . . . .	21 »
Un año. . . . .	38 »



SIERRA

..... el extraño contraste que formaba este grupo entrando con tal violencia, y la profunda calma de la superiora..... (pág. 259, columna 4.ª).

## PRECIOSA.

LEYENDA

Por J. T. DE SAINT-GERMAIN,

AUTOR DE LA LEYENDA DEL ALFILER.

«Hemos visto el egoismo que mata : hé aquí el amor que salva.»

TRADUCIDA DEL FRANCÉS

Por D. RAFAEL MEJIA.

## PRECIOSA.

I.

LA HORA DEL RECREO.

¿Por qué hablar todavía de mis queridas flores, de mis frescas sombras y de mis horizontes sin límites?  
¿Por qué? Porque mi pensamiento anda siempre errante por aquellos hermosos sitios, en aquella tierra bendecida; porque allí solamente ol-

vido las amargas realidades de la vida y vuelvo á encontrar recuerdos siempre gratos á mi corazón. También la alondra entona siempre el mismo cántico y Dios no la pide otro. El árbol produce constantemente los mismos frutos, y el agabanzo nunca presenta en las orillas de los caminos sino sus sencillas y salvajes flores. Dejádme, pues, huir todavía de la impura atmósfera de la ciudad; venid á embriagaros en mi compañía con el aire de los bosques, de las colinas y de los prados; dejádme contaros aun otra vez la leyenda del hermoso país de mis ensueños.  
En la mas hermosa calle de San German, en el ventilado barrio que llega hasta los límites del bosque, llama la atención de los transeuntes un elegante pórtico. Cuatro columnas de orden dórico sostienen una cúpula coronada por una cruz. Es la capilla del convento de las Agustinas, asilo de paz en donde las mujeres del mundo encuentran un agradable y tranquilo hospedaje, en donde las buenas religiosas consagran su vida á la educación de las jóvenes.  
Su proximidad de Paris, la admirable situación de la reducida villa, la solicitud enteramen-

te maternal de las señoras religiosas, todo concurre á que den la preferencia á esta casa del Dios bueno las madres de familia que no pueden educar por sí á sus hijas, y que temen esponer estas naturalezas inespertas al lujo y arrebatos de los grandes colegios de Paris.  
El primer patio, de severo aspecto, bajo la custodia de una tornera aun mas rigida, está rodeado de departamentos para el servicio: en el fondo de este patio, una puerta da entrada al locutorio, al paso que otra conduce á las habitaciones de la superiora y á los salones de recepción.  
El segundo patio está rodeado de construcciones sencillas, pero de gusto enteramente holandés, que contienen los refectorios y salas de recreo en el piso bajo, las clases en el principal y los dormitorios en el segundo. En este estenso patio vegetan grandes plátanos de largas ramas, y bajo este espléndido *velarium* es donde la bulliciosa juventud se entrega á sus juegos y pasatiempos.  
En el fondo hay un magnífico jardin llamado *de las señoras*, enteramente cubierto de sombra,

se tiene gran esmero en su adorno, y no se admite en él á las alumnas sino en raras ocasiones.

Durante las horas de clase reina un profundo silencio en todo este vasto recinto. Cuando se abren las ventanas, apenas se oye la fresca voz de una alumna que lee algun libro sobre el deber, ó la observacion grave y dulce de una religiosa; pero al terminar el trabajo diario, cuando la primera campanada del reloj llama á las alumnas al recreo de la tarde, es un bello espectáculo estar en la gran ventana del locutorio y verlas desfilar por todas las puertas como las abejas que zumbando se precipitan fuera de la colmena.

Entonces se empieza á oír un ligero murmullo parecido al de un arroyuelo que se desliza tranquilamente; después este ruido va en aumento, redobra luego y concluye por asemejarse á la ola de un torrente que al estrellarse arroja al viento su blanca espuma.

¡Oh juventud! manantial fecundo é incesantemente renovado de belleza, de gracia, de fuerza y de vida, yo te amo: nunca me cansaré de seguirte y de contemplarte; así como en cada primavera admiro la nueva flor con la misma alegría y admiracion, que experimentara otras veces.

¡Oh juventud! tú sales toda vigorosa, toda pura de la mano de Dios; tú me traes á la memoria mi noble origen; tú me recuerdas que bien pronto volveré á gozar de la juventud eterna y de las sublimes bellezas en que tu límpida mirada parece contemplarse todavía.

¡Oh juventud! yo escucho tu dulce murmullo como el de la viva fuente que se desliza entre las miosotis, llevándose una hoja de sauce, y que mas lejos se convertirá en majestuoso rio, en camino por el que marchan y llegan hasta el mar los poderosos navíos.

¡Oh juventud! yo te amo por tu belleza, y te compadezco porque aun tienes que sufrir. Cuando llegue el fin de mis trabajos, entonces comenzarán los tuyos; cuando yo descanse para siempre bajo la florida yerba, tú, ó juventud, llevarás el peso de la vida.

¡Oh vosotros que aun no teneis cerrado vuestro corazón á los sentimientos sinceros; vosotros que vivís todavía para el pensamiento y que entre las agitaciones de una vida ficticia no olvidais el misterio impenetrable de vuestro destino! venid á ver conmigo este magnífico y conmovedor espectáculo; venid á examinar los anillos misteriosos del porvenir.

La alegre banda se desliza, se desborda y estiende cual impetuoso torrente bajo los plátanos, formando parejas ó grupos, ó graciosas combinaciones. Aquí es un reposado cuadro que trae á la memoria las fantasías del Albano ó los *far niente* da Winterhalter; allí se convierte en animada discusion centelleante de estrepitosas risas; mas allá, un grupo alborotador que ni sabe de donde viene, ni á donde va, que corre solo por correr, que grita solo por gritar, que se agita para desarrollar los flexibles miembros oprimidos por el largo estudio, que habla para oír su voz que ha necesitado contener por largo tiempo. En un sitio apartado, sentadas sobre los carpedales, dos amigas se cuentan seriamente bagatelas, que, sin embargo, constituyen para ellas todo un mundo; las reflexivas conversan con las religiosas, que con un gesto ó una palabra saben calmar estas olas inquietas; otras cultivan con gusto su diminuto jardín. Para comprender el encanto de semejante espectáculo, ¡es necesario verlas sosteniendo con una mano su bata, inclinarse á verter algunas gotas de agua sobre su mezquino rosal! es necesario verlas voltear su delgado y flexible talle para coger la pelota ó volver á enviar el volante! ¿Pero en tal edad, no es todo gracia, todo encanto? Y sin embargo, el secreto de este encanto consiste en pasar ignorado para ellas mismas.

Una tierna costumbre ordena que cada niña esté bajo la proteccion de otra mayor, de lo cual resulta que de una parte se desarrollan los sentimientos de respeto y obediencia, y de la otra de proteccion y solicitud. La protegida llama á la mayor *mi madre*, madre que puede á veces te-

ner unos quince años, y no obstante, es responsable del comportamiento y progresos de su hija adoptiva, y hace el primer aprendizaje de la vida. Así como la flor anuncia el fruto, del mismo modo predice la juventud el porvenir, y podemos casi adivinar y aun leer el destino en la frente de cada uno. Aquella niña que consuela á la menor en su llanto, será indudablemente una tierna madre; aquella otra que murmura y se enoja contra la que debe instruir, tal vez no consiga nada por querer hacer demasiado. ¿Será una santita la otra que tiene su rosario bajo la imagen de la Virgen y que parece no vivir ya sino para el cielo?—Una morena de radiante belleza domina á sus compañeras y parece soñar en los peligrosos homenajes que la aguardan á su próxima entrada en el mundo: esta, de blanca y lánguida tez, clava sus azules ojos en el azulado cielo y parece encontrar en él toda una novela inglesa: dominada por la envidia deslízase otra por detrás y con la mofa se venga de lo que á ella ha sido negado.

Alguna de aspecto ruin, desgraciada y casi enfermiza, desprovista de los atractivos del rostro, y de los mucho mas apreciables del espíritu, se retira á un sitio apartado; esta pobre criatura desheredada comprende ya su inferioridad, que además se la revela por su desgracia, y empieza, por lo tanto, á aprender á sufrir.

De este modo se deja conocer la desigualdad bajo la uniformidad de enseñanza y aun de vestido. Así tambien, bajo el brillo de estas flores juveniles, se encuentra todo un pequeño mundo que se reconoce, vive y agita, y que aun antes de estar desarrollado el fruto, muestra el gusano que corroe la tierna rama, y que acabará por hirla en el corazón.

En estos casos es cuando la oportuna intervencion de la sabia directora hace sentir su dulce influencia. Una mano prudente vuelve á su direccion la rama que se tuerce, y corta la que ya está dañada. A veces una sola palabra basta para contener el demasiado celo, para despertar el sentimiento que está á punto de apagarse, ó para hacer vibrar los resortes que mueven al corazón. Es como la imagen viva de la conciencia, que por medio de sus preceptos y ejemplos, por su efusion, y sobre todo por su amor, recuerda incesantemente á estas jóvenes inteligencias la voz divina, que cada uno puede escuchar desde el fondo de su alma. Así el egoismo, fuente de todo mal y decadencia, se encuentra vencido por el espíritu de caridad, manantial fecundo de bien y de actividad.

De repente el precipitado son de la campana paraliza en un momento los bulliciosos juegos, la agitacion y los rápidos movimientos, hace enmudecer las penetrantes voces y apaga las alegres risas: a tanto ruido sucede una profunda calma, y largas filas de colegialas, guiadas por sus directoras, entran con mesurado paso en las salas del refectorio para tomar el alimento de la tarde.

## II.

### EL LOCUTORIO.

Estamos en el momento en que la superiora, rodeada de las señoras constituidas en dignidad, se informa acerca de los trabajos y sucesos que han tenido lugar durante el día.

Ninguna particularidad digna de atencion nos ofrecería el describir el locutorio; porque pasando revista á los diferentes objetos que contiene, hallariamos únicamente el indispensable piano, algunas pinturas y bordados puestos en marcos y una regular imagen de la Virgen en el sitio de preferencia; despues, sobre la chimenea y en las consolas, hermosas flores artificiales, hechas por las hábiles manos de las jóvenes educandas; por lo demás, un mueblaje sencillo y severo, cuyo principal mérito es la propiedad para los usos á que se destina. Preferimos dejar libre la imaginacion del lector y que se figure á su manera esos objetos vulgares, para llamar su atencion hácia las personas que están agrupadas cerca de una de las ventanas que dan al jardín.

La superiora, sentada en su poltrona, recibe

las notas que la comunican tres religiosas colocadas de pié cerca de ella y alrededor de una mesita de costura. Es una mujer joven todavía, de figura dulce y grave á la vez; sus hermosas facciones están limitadas por los blanquísimos pliegues de su toca, que proyecta una leve sombra sobre su vista cubierta por el velo, al mismo tiempo que su ancho hábito desciende formando majestuosos pliegues. Tal vez pudiera adivinarse en sus ojos que ha conocido los pesares y decepciones de la juventud, si la profunda calma de su continente no diese á entender que se eleva sobre las tormentas de la vida.

Cuando el corazón se ha confesado vencido, y por lo tanto, se encuentra ya libre; cuando el sacrificio ha sido completo y únicamente se confia en los auxilios del cielo, ¿cómo se transforma y eleva todo nuestro sér! Ya no hay debilidad, ni lucha, ni vanos esfuerzos, ni aspiraciones hácia bienes perdidos para siempre. Libertada la criatura, se engrandece bajo la mirada de Dios; nada desea para sí, y únicamente quiere derramar sobre los que la rodean el tesoro divino de caridad y de amor que rebosa en su corazón.

No atribuyais á otro móvil que á la religion esta efusion completa y ese valor para el bien, que se practica por lo que es en sí, y nunca por interés personal ó puramente humano.

¿Qué es lo que desea, á qué aspira esa noble mujer que divide su corazón de madre entre esos tiernos seres puestos á su cuidado? ¿Es por ventura la consideracion social? pero ella quiere ser igual á sus hermanas. ¿Es el esplendor? pero su grosero hábito en nada se diferencia del de sus compañeras. ¿Acaso la fortuna? pero ella ha renunciado todos sus bienes y un brillante porvenir para pasar su vida en la sencillez de costumbres del monasterio. ¿O bien la aprobacion del mundo? pero este no la ve, porque está oculta á sus miradas. ¿Tal vez el descanso? pero ella agota las fuerzas que la quedan en su penosa tarea. ¿Será el reconocimiento? pero estos pajarillos abandonarían el nido cuando sus alas tengan bastante fuerza para sostenerlos, y quizás vuelvan á acordarse del hospitalario albergue que los protegió. ¿Será, por último, el recuerdo de los que sobrevivan? sin embargo, una sencilla cruz de madera sobre un pequeño monton de césped indicará solamente el sitio, dejando ignorado el nombre de la que allí reposa.

Lo que ella quiere, es escuchar la voz divina, secundar las miras de la Providencia, reemplazar á la madre ausente, cobijar bajo sus alas aquellas tiernas criaturas, emplear lo supérfluo de los ricos en la educacion de las niñas pobres; porque tambien los huérfanos han encontrado asilo bajo este techo bendito, y reciben, si bien separados, una enseñanza sencilla y práctica, cual conviene á la modesta posicion que han de ocupar despues en la sociedad: lo que quiere es socorrer, aliviar todas las miserias, porque su puerta siempre está abierta para los necesitados, y sus dignas compañeras ponen á disposicion de los enfermos el bálsamo de las plantas, tesoro que nos regala la generosa naturaleza, haciéndolo crecer bajo la sombra del hermoso bosque; lo que quiere, por último, es *hacer el bien*.

Mas no se crea que sus privaciones vayan acompañadas de tristeza, ni que la severidad la enseñe y haga amar su deber, ni tampoco que la austeridad y la intolerancia sean las que hacen penetrar el amor divino en estos corazones jóvenes. El Cristo, modelo de todo sufrimiento, únicamente mostraba á los que tenia a su alrededor un rostro apacible y sereno, cuando les decía: *Amaos*; y la imagen sonriente de la Virgen, que resplandece sobre la humanidad, es el símbolo de la mansedumbre y del amor.

La superiora conocía que su mision no era formar novicias para el claustro, sino jóvenes que pasarían su vida en el mundo. Lejos de entibiar en ellas el afecto á la familia y al hogar doméstico, era necesario iniciarlas, no en la existencia mística y casi celestial que pueden soñar algunas vocaciones privilegiadas, sino en las costumbres del mundo viviente, á quien no es dado maldecir, porque á pesar de sus errores y sus

borrascas, se perpetúa según los secretos designios de la Providencia.

Ella quería que las niñas, al salir de sus manos, fuesen hijas tiernas y respetuosas, esposas sencillas y mujeres distinguidas, madres cuidadosas y llenas de abnegación: no desdeñaba, por lo tanto, los placeres que tantos encantos y atractivos estienden sobre la vida íntima; y las artes, que interpretan y hacen poética la naturaleza, le parecían también un culto tributado á la divinidad. A veces, aun la misma belleza ideal le parecía un don de Dios, porque creía descubrir en ella las señales y aun el reflejo de una alma pura.

Acaso habréis oído á algunos que se precian de chistosos, perseguir con sus sonrisas, con dudas ó con desdenes, á estas modestas existencias, que hacen el sacrificio de sí mismas: ellos se lamentan de que el mundo está demasiado lleno; de que el deseo de parecer, la necesidad de brillar y hasta el desbordamiento del lujo, hacen casi imposible la vida y nos preparan desastres inevitables; y sin embargo, á los que cuentan con la resignación necesaria, no les permiten huir del mundo y dejarles su puesto á la luz del sol, yendo á ocultarse en las sombras del claustro, para desde allí preparar remedio al roedor egoísta, ó bien curar las heridas que recibieran en los rudos combates de la vida, ó para reemplazar á los que fueron.

¡Oh! si les fuese dado tan solamente contemplar aquella noble figura, oír sus palabras de paz y sorprender los sencillos proyectos en que siempre van juntos la caridad y el amor, tal vez perdonarían su abnegación y podrían explicarse satisfactoriamente el secreto de una existencia que se resume en estas dos palabras: ha sufrido, ha amado.

### III.

#### UNA MADRASTRA.

Mientras que estas hijas de Dios celebran así su maternal conciliábulo estirpando sabiamente el mal, buscando los medios de mejorar y consiguiéndolo todo por el amor, paremos nuestra atención en el inusitado ruido que repentinamente se deja oír en la puerta de entrada de la casa. Una elegante y blasonada berlina ha parado delante del convento de las Agustinas; en el mismo instante redoblados golpes suenan en la puerta. La anciana tornera, después de algunos momentos de duda, se decide á entreabrir la puerta, y del mejor modo posible manifiesta que la regla del convento prohíbe recibir á una hora tan avanzada. Oyése entonces del fondo del carruaje una voz chillona que contesta con sobrada ligereza: la pobre tornera es impotente para detener á la persona que al entrar rechaza su débil brazo, y apenas la queda tiempo para dar con la campana la señal de aviso: los lacayos se desentenden de la prohibición de pasar adelante, y una elegante señora, animada por la resistencia que experimentado, atraviesa el patio en compañía de una joven cubierta con un velo y vestida sencillamente, siguiéndolas una criada que lleva varias carteras, y por último dos robustos domésticos con librea de chillones colores, que llevan varios baules y fardos.

El volante, de gran librea y de fantástico plumaje, abre con estrépito la puerta del locutorio, y entonces es cuando pudo apreciarse el extraño contraste que formaba este grupo entrando con la violencia, y la profunda calma de la superiora que se preparaba á recibir á sus visitantes y á contestar á sus preguntas.

Parecía verdaderamente la ola enfurecida que viene á estrellarse con estrépito en la dorada arena, ó mas bien el mundo atreviéndose á traspasar con su infernal ruido hasta el umbral del asiento de la religión.

Ma no fué poco el sentimiento, si no de intimidación, al menos de sorpresa, que experimentó la señora al observar la profunda calma é impasible aspecto de aquel sagrado asilo, no menos que la actitud y gravedad de las personas que en él se hallaban, y la frialdad de las miradas que dirigían con asombro; sin embargo hizo señá

á su criada para que la acercase una silla; y dejando en el fondo del locutorio á la joven y domésticos, tomó asiento sin otra ceremonia ni excusa, y empezó á hablar.

—Es necesario convenir, señora, dijo después de haber paseado una desdeñosa mirada por el modesto menaje que adornaba la pieza, que todo lo que os rodea está bien poco cuidado. Acabo de abandonar mi palacio, subo á toda prisa en mi berlina, mato mis caballos por llegar aquí á tiempo de poderos ver esta noche, porque mañana parto para mi castillo, y vuestra portera me prohíbe casi el llegar hasta vos. Si esto me sucede por orden vuestra, creo, señora, que este no sea un buen medio de aumentar vuestra *clientela*, y cuando uno depende del público, tal vez convendría estar mas á su disposición; por lo demás, solo tengo que deciros algunas palabras, y creo que no os distraeré mucho tiempo de vuestras obligaciones. Yo habito en mi castillo una parte del año, y antes de partir he determinado colocar aquí á esta niña de la que soy madre política. No me conviene dejarla en uno de los colegios de París, porque en verdad no sé qué hacerme de ella los días de asueto y de vacaciones que ocurren bien á menudo. Me han dicho que en este punto es bastante severo el reglamento de vuestra casa, que las discípulas nunca salen y que hacen una vida casi de claustro: esto es precisamente lo que yo busco, y hé aquí por qué os he dado la preferencia.

Os confío, por lo tanto, esta niña, recomendándoos solamente el no dejarla pasar nada, porque es bastante inclinada á engañar á todo el mundo. Tal vez os dejéis seducir por su mirada de ángel y por su dulce voz; pero bien pronto conoceréis, así como yo, lo que esto significa. Además que tal es vuestro estado, y se os paga para que corrigáis estos genios indómitos. Por lo que hace á mí, no me mezclaré mas en este asunto, porque tengo hijos que reclaman toda mi ternura, y á cuya vista no me conviene dejar por mas tiempo tan mal ejemplo. Soy madre, señora; no sé si me habréis comprendido.

Después de este violento exordio, echando una mirada de compasión sobre su hijastra, descogió los pliegues de su inconmensurable vestido mirándose con cierta complacencia. Era aun una gran mujer, que no habia enteramente perdido sus pretensiones de belleza, y que en verdad conservaria cierto encanto si su nariz demasiado corva, la poca distancia entre los ojos, una mirada de buitre, y los cabellos de sus rizos demasiado rígidos y parecidos á una crin ensortijada, no prestáran á su fisonomía una dureza, que confirmaban bien su gesto, su voz y hasta sus palabras.

Mas, á pesar de la amplitud de su magnífico vestido de seda, cuyos rozamientos eran tan sonoros; á pesar del lujo que ostentaban sus lacayos en las libreas, ¿por ventura son para dar á conocer á una señora de distinción, el sonido agudo de una voz que domina las demás y la fijeza de una mirada que jamás se abate? No en verdad. —Una mujer de mundo, pero de ese mundo verdadero y bueno que todavía existe, que se busca y que se reconoce, raras veces dice *mi carruaje*, *mis caballos*, *mi castillo* y *mis criados*. —Una mujer de mundo, si quiere ser digna de este título que dice mucho, jamás fuerza las puertas, es sencilla y afable, y cortés con los inferiores y principalmente con ellos. En esto es donde nosotros reconocemos la verdadera distinción, la verdadera nobleza.

Se ha repetido ya muchas veces: la verdadera aristocracia nada tiene que conquistar, ni tiene que combatir: su unico destino es permanecer impasible, porque solo tiene el deber de mostrarse digna del alto puesto que debe á su nacimiento, á su mérito y á su fortuna, y esto le basta para atraerse los homenajes de todos. Así como repetidas veces sucede, ¿qué cosa mas dulce y atractiva que la benevolencia de las clases altas? Por mucho tiempo se hablará de preocupaciones vencidas y del establecimiento de la igualdad: aun se dirá que en esta edad de hierro el oro es omnipotente, que en el oro consiste la aristocracia soberana; pero jamás se podrá destruir

el prestigio que va unido á un nombre ilustre cuando es dignamente llevado.

Es verdad que la aristocracia del talento ha adquirido hoy en día con mucha justicia el mismo rango que la hereditaria, y puede decirse que con ella aparece otra nobleza de distinto género, porque á pesar de ser nuestra sociedad tan frívola, aun no se ha atrevido á atacar y menos á contestar los derechos del genio á una posición elevada. La pluma, la espada, las bellas artes y aun la industria, ostentan igualmente en el día sus blasones, y en el mas aristocrático barrio de una gran ciudad, un poeta monta tanto como un Montmorency. Pero ¿qué dirémos de esa falsa aristocracia, compuesta de comerciantes de dinero y especuladores enriquecidos, que no contenta de sus goces, quiere colocarse, solo *por su dinero*, entre la sociedad escogida, y comprar su escudo del mismo modo que el alimento diario? No parece sino que son unos actores que apenas han tenido tiempo de vestirse el disfraz de marqués y pintarse de arrebol, pero sin haber aprendido su papel, que jamás llegarán á representar con acierto. Por esto es de ver cómo improvisan, qué de inverosimilitudes, qué de contrasentidos, cuántas falsas salidas hacen en el gran teatro del mundo.

Cuántos castillos, caballos y hasta amigos no compran con el dinero que han amontonado sobre el tapete verde, ó quizás en alguna otra parte; pero jamás podrán comprar la nobleza del corazón, si por desgracia se encuentran desprovistos de ella. Sus suntuosos banquetes y espléndidos festines agruparán á su alrededor á los curiosos, á los asiduos, á los parásitos y á los pagados para aplaudir; pero la galería del teatro los juzgará con una imperceptible sonrisa cuyo sentido comprenderán bien á pesar suyo. Ellos saben demasiado que se les contesta su superioridad de un día por medio de aquel desdeñoso silencio: de aquí nace que en su afán de conquistarla á los ojos de la muchedumbre, caen en la exageración de un desenfrenado y á veces ridículo lujo. —No decia Franklin en varios lugares de su moral económica y con frecuencia algo estrecha, que es difícil que un saco vacío pueda tenerse en pié? También hubiera podido decir que es casi imposible que un saco henchido de oro no rueda al fondo del abismo cuando se le coloca en la pendiente del orgullo.

La ilustrada superiora, que vivía en los límites del mundo, como el faro que se ostenta en la tempestad, conocia todo lo que acabamos de decir; así es que con una sola mirada comprendió todo el valor de semejante afirmación, y adivinó perfectamente á quién iba á hablar, respondiendo de este modo:

—Admito, señora, la superioridad que vuestra posición y vuestra fortuna pueden daros sobre la pobre tornera de un convento; pero sabed que ha cumplido su deber rehusando la entrada después de las siete, y por lo tanto, creo que la excusaréis. También debería yo, para cumplir con el mio, rehusar el oírlos, suplicándoos que os retiraseis, porque la regla de esta casa no contiene excepción alguna; pero no quiero que os hayais molestado inútilmente. Tened á bien hacer salir á vuestros domésticos conservando únicamente con vos á esa señorita y tendré el honor de contestaros. Y de una mirada, mas bien que con un gesto, despidió á los lacayos y á la criada.

Cuando hubieron salido todos y no quedaron delante de las religiosas sin la altiva señora y su medrosa niña, que humilde conservaba su velo bajado en un segundo doblez, dijo la superiora:

—Creo, señora, que estais equivocada respecto al espíritu y regla de nuestra casa, lo cual nada tiene de extraño. Nosotras tratamos á las niñas con una dulzura maternal; los castigos son demasiado raros, y á pesar de esto, la educación marcha perfectamente. He oído con sentimiento que queréis para esta señorita un trato severo; pero habeis sido mal informada respecto á esta casa. No me incumbe persuadros que la dulzura y el amor son mas á propósito que los rigores de una casa de corrección, para volver al buen camino á una persona extraviada: prefiero por lo

tanto deciros simplemente que no podemos aceptar esta joven que nos presentais.

Ademas de esto, pudiera tambien alegar otro motivo: lo que nos quereis, señora, dar a entender sobre el natural y antecedentes de la joven, y siento decirlo delante de ella, no es conveniente para escitar en nosotras el deseo de hacerla formar parte del rebaño que nos está confiado; es ya bastante crecida, y a su edad están ya formados los hábitos; la obediencia llega a ser mas difícil, y nuestras niñas, lo mismo que vuestros hijos, señora, no deben tener a su vista sino buenos ejemplos. Tened la bondad, por lo tanto, de escusarnos que no podamos corresponder a la confianza que habeis formado.

La joven llevó una mano a sus ojos, y la señora, levantándose bruscamente, replicó con grave irritación:

—Confieso que es bien sorprendente, y que no esperaba encontrar semejante dureza bajo el velo de una religiosa.

Pero permitidme os diga, que acaso os sea difícil rehusar la admision de esta novicia que hará bajo vuestro gobierno cuantas genuflexiones querais, porque traigo carta de un prelado que será para vos de más peso que mis palabras, y ya me parece que he obrado bien en procurármela para poder escudarme con ella. Yo creia, sin embargo, que vuestro propio interés sería suficiente motivo para decidiros, porque aunque trabajais para la mayor gloria de Dios, la pensión que aquí se paga, está lejos de ser una cosa módica; estoy bien informada de ello.

—Perdonad, señora, dijo la superiora rechazando con un ademán la carta que le presentaban abierta; hay palabras a las cuales no sabemos responder; y en cuanto a esta carta, ni aun quiero verla despues de lo que acabo de oír.

—Lo siento por vos, replicó la otra palideciendo de cólera, porque pudiera suceder que os arrepintieseis: bien pronto se sabrá en altas regiones el caso que haceis de vuestros superiores. Y tomando a su hijastra por el brazo, se dirigió con ella hacia la puerta echando una desdeñosa mirada a las religiosas.

La joven se escapó dulcemente de este lazo, y dirigiéndose a la superiora, levantó su velo y dijo arrodillándose delante de ella:

—¡Oh, señora! tened compasion de mí!

Su elevada estatura parecia doblarse con una gracia enteramente natural como una caña a los impetus del viento. El tranquilo resplandor del sol, que caminaba a su ocaso, introduciéndose por el follaje de los plátanos, venia a estenderse sobre aquella frente de diez y seis años, quebrándose en ella en miles de rayos que parecian una aureola. Al aspecto de una belleza tan angelical, de una dulzura y de una sumision que parecian sinceras, y al oír el metal de aquella voz lleno de dulzura y de simpatía, la superiora no pudo menos de experimentar una gran sorpresa. ¿Por ventura no hay fisonomias que como en un cuadro, parecen reflejar lo que pasa en el fondo del alma sin dejar el menor género de duda? ¿No existen algunas naturalezas ideales y como privilegiadas que se muestran radiantes aun al través del ligero y trasparente velo que las encubre?

La superiora permaneció algunos instantes en silencio dirigiendo su penetrante y profunda mirada a los brillantes ojos de la pobre niña que parecia inquietarse bastante con este exámen; despues, mirando hacia sus compañeras, pareció querer consultarlas con la vista, y alzando por ultimo sus ojos con lentitud hacia la altiva figura de la señora:

—Dios mío, se preguntó, ¿es vuestra voz la que oigo? ¿Sois vos quien me advertis que acaso hay aquí una víctima, y la traeis a mis brazos? ¿Me mandais, Señor, que socorra a una criatura inocente?

Despues bajó los ojos hacia la niña arrodillada y silenciosa, que al ver esta indecision sentia nacer en su corazón una débil esperanza, y que habiendo tomado la venerable mano de aquella a quien suplicaba, imprimió en ella un beso respetuoso y una ardiente lágrima.

—¡Tened piedad de mí! volvió a decir por lo bajo.

Al conmovido acento de aquella voz apagada y al contacto de aquella pequeña mano suplicando, la superiora se levantó aun mas turbada de lo que hubiera deseado aparecer.

—Os hemos hecho ver, señora, dijo levantando a la niña, que seguimos la regla que nos impone nuestra responsabilidad, y que de nada sirven las amenazas para cambiar la resolución que una vez hemos tomado; pero siempre nuestra inclinación hace que nos dejemos vencer por una fisonomía en la que parece se refleja la sinceridad, y además, el dolor de una pobre niña es bastante a propósito para conmovernos y hacernos concebir alguna esperanza. Olvidad, señora, si os place, lo que yo haya podido deciros de una manera demasiado absoluta, y estad segura de que queremos tener para con vuestra hija todos los cuidados que nos sean posibles. Por lo menos haremos la prueba, y esperamos que ella corresponderá a nuestra solicitud con una ejemplar conducta.

—Ya sabia yo que vendriais a parar a este punto, dijo la señora. No porque yo atribuya del todo este cambio al prestigio de Inés, que tal es su nombre, sino que creo que ha producido su efecto esta carta que ni aun queriais mirar. Tampoco es necesario, ¿no es verdad? aunque haya demasiado escrúpulo; lo que conviene es hacer el negocio de los concurrentes.

La superiora contuvo su indignación y contestó con dulzura:

—Os engaños, señora, si atribuis a un motivo tan bajo el interés que queremos tomar por vuestra protegida, y para daros una prueba de vuestro error, nos quedamos con ella para experimentar durante un año sin pedirnos retribución alguna por nuestros cuidados: únicamente correrá de vuestra cuenta proveerla del traje y otros efectos que necesita.

—Señora, yo no vengo a implorar la caridad, replicó la dama, poniendo un paquete de monedas de oro sobre la mesa: cada uno debe vivir de su oficio: tomad esto por el primer año, y aquí teneis las señas para que os podais dirigir a mi notario, con quien tendréis que entenderos para todos los gastos accesorios.

—Únicamente por el deseo de serviros, replicó la superiora, he estado oyendo con paciencia bastantes palabras amargas; pero escusadme de que no pueda permanecer aquí mas tiempo, porque otras ocupaciones me llaman a mi habitación. Esta hermana, a cuyo cargo está la administración de la casa, recibirá de vos las instrucciones necesarias y os dará las esplicaciones que deseais; y vos hermana, dijo a otra religiosa, cuidad de esta niña y conducidla a su cuarto cuando se haya despedido la señora: y saludando, salió de la habitación.

Cuando la hermana administradora hubo tomado los apuntes necesarios, la niña dirigió tímidamente su rostro hacia su madrastra; pero esta se limitó a estrecharla la estremidad de la mano.

—Es necesario evitar escenas que enternezcan, dijo con ironía reteniéndola a alguna distancia.

Salió sin saludar a nadie y llamó a sus criados: el carruaje partió con estrépito, y bien pronto una perfecta calma sucedió a esta escena de agitación enteramente desacostumbrada bajo el techo bendecido de las Agustinas.

#### IV.

##### PRECIOSA.

Al otro día el murmurador enjambre de jóvenes colegialas se agitaba bajo los plátanos a través de los suaves vapores que despedia el aire de la mañana. Solo ocupaba la atención de los bulliciosos grupos la llegada de una nueva compañera y el carruaje blasonado, el adorno de aquella señora y el plumero del volante. La anciana tornera, ligada con voto de castidad, no lo habia hecho ciertamente de silencio; así es que habia referido los grandes acontecimientos de la víspera, los formidables combates que habia sostenido y su gloriosa derrota: todo era ya conocido por las cien bocas y mil lenguas de la fama.

En un momento rodearon todas las jóvenes a una religiosa que se suponía ser la que mejor estaba enterada.

—¿Cómo se llama? la preguntaban y gritaban de todas partes al mismo tiempo.

—Su nombre no lo sé todavía, queridas, respondió con dulzura la religiosa haciendo una seña con la mano para apaciguar el tumulto; pero la he visto ayer con la señora, y os digo que es una figura bien preciosa.

—¡Preciosa! Preciosa! repetían todas saltando en el mismo sitio, y despues fueron corriendo a llevar la noticia que bien pronto dió la vuelta al espacioso patio.

De todas aquellas risueñas bocas salía el nombre de Preciosa.

Hasta la cotorra favorita (¿y qué convento tiene su cotorra ó su papagayo?) colocada como en un trono, sobre su cruz de caoba en lo alto de la gradería del locutorio, no se olvidó de retener aquel nombre que oía repetir en todas partes y bajo una infinidad de tonos; y cuando la superiora se dejó ver en el primer escalon llevando de la mano a la joven, que apenas pudimos distinguir bajo los últimos rayos del sol, la arrogante cotorra, inclinada y balanceándose sobre su débil apoyo, se puso de un vuelo en el hombro de la superiora y repitió con voz clara y sonora: ¡Preciosa! Preciosa!

—Efectivamente que es bastante preciosa, repetían las niñas saltando y palmoteando.

Y en verdad que ese era el nombre que quedaría a la joven colegiala.

—Hermana, dijo la superiora a una de las religiosas que se presentó; yo buscaba un nombre que la conviniese, porque se llama Teresa, lo mismo que yo, y segun nuestra costumbre debemos ponerla otro distinto para evitar equivocaciones.

—¡Preciosa! dijo otra vez la cotorra con un voz cariñosa.

—¡Preciosa! Preciosa! clamaban las niñas mirando a la hermosa joven, que permanecía tranquila y sonriendo en los primeros escalones teniendo todavía cogida la protectora mano de la superiora.

—Y bien, querida, dijo esta riendo y mirando a Teresa con complacencia: ¡parece que os llamas Preciosa! Ya lo veis: hé aquí unos corazones tiernos, que solo desean amaros.

Es necesario convenir en que la buena religiosa, y las niñas, y la cotorra, y las vibraciones del aire, que repetían el nombre de Preciosa, expresaban con toda propiedad la palabra que mejor convenia a la encantadora criatura que nosotros no podríamos describir tan bien como esa simple palabra, idealizada ya por las artes y por la poesia.

¿Habeis cogido alguna vez en los caminos, durante las calurosas tardes del verano, un ramo de rosas silvestres doblado hasta el suelo, azotado por la lluvia, abatido por la tormenta, destruido por el sofocante calor? Su tronco magullado estaba lánguido y marchito cuando llevados de la compasion le habeis colocado durante la noche en agua cristalina y pura. ¿Y la habeis observado al levantaros el día siguiente? ¿Habeis visto entonces lo que pasaba en la rosa silvestre? Sus blancas estrellas os miran sonriendo, y en medio de cada una centellea un pistilo de oro coronado de estambres, a modo de rayos luminosos; entreabrianse aun los botones henchidos de vida y nacidos durante la noche; sus pequeñas ramas verdes llenas de vigor se desarrollaban cuajadas de líquidas y diamantinas gotas; un perfume sutil, penetrante é indescriptible se exhalaba del cáliz y de los tiernos vástagos, y aun de la esencia misma del querido arbusto: tal se presentaba Preciosa. Era la rama llena de abatimiento recogida la noche anterior por las buenas religiosas, que renacia ya en una atmósfera más propicia. Aun se veían las gotas de la tempestad en aquellas facciones tan puras como la misma rosa de los bosques.

Al desaliñado y en demasia corto vestido que trajo la noche anterior, habia reemplazado la larga bata de uniforme que se usaba en el colegio, la cual dejaba en plena libertad su delgado

talle, y prestaba á su aspecto su natural elegancia. Su tosco sombrero cubierto con un velo verde habia desaparecido, y torrentes de hermosos cabellos castaños, dorados por el sol de la mañana, bajando por su frente y estendiéndose por sus alabastrinas sienas, se reunian en una tosca trenza arrollada en si misma y caian por su propio peso detrás de su cabeza á semejanza de las que se encuentran algunas veces en los bustos de perfil de algunas monedas aqueas.

Aunque la finura y regularidad de sus facciones, la perfecta elegancia de su talle, las delicadas proporciones de sus estremidades y su apostura enteramente desembarazada, pudieran proporcionar un modelo inapreciable á un escultor que hubiese acertado encontrar y contemplar detenidamente esta encantadora figura colocada como en un pedestal en lo alto de los escalones del jardín, no consistia en esto el secreto de la emoción que excitaba Preciosa á su paso, al modo que la verbena hace á los vientos conductores de su perfume. Este secreto era la espresion de su hermoso rostro; el pensamiento enteramente desnudo y sin velos que le ocultasen, que irradiaba de aquellos grandes ojos azules que Greuze ha adivinado y que respiraba bajo sus labios llenos de sonrisa; era el alma que palpitaba hasta en las estremidades de sus diminutas manos estendidas hacia sus nuevas compañeras; era el amor, el amor puro é infinito, que transpiraba en esta deliciosa y privilegiada criatura, y que hacia penetrar su poderoso atractivo en el fondo de aquellos jóvenes corazones.

¿Pero nos será todavía permitido colocar el atractivo del pensamiento por encima del culto de la forma?—Si se vituperase en el narrador el inventar, el reunir todas las perfecciones, todos los encantos de un sér puramente ideal en la frente de una niña, diríamos, que tal vez el privilegio, ya que no la mision del arte, consiste en soñar, en inventar esta naturaleza escogida, para que de este modo pueda dejar por algun tiempo á un lado esas tristes realidades que con frecuencia ofenden á los ojos inocentes.

¿Por ventura no hemos visto nosotros esos cuadros de una verdad aterradora, cuya horrible desnudez y vergonzosas llagas nos han hecho patentes tanto el artista como el poeta? Hay un instrumento admirable que reproduce casi como en un espejo los rasgos de la fisonomía; ¿por qué, sin embargo, las mas de las veces no saca de un hermoso rostro sino una careta sin vida y de una realidad desconsoladora? Es porque solo puede obrar sobre la materia; es que la imagen no ha morado en el alma del artista y del pensador antes de reflejarse en un cuadro. ¿Y no hace las veces de ese instrumento vulgar el escritor que sin reflexion ni exámen reproduce los cuadros de que queremos apartar nuestras miradas? Mientras que la compasiva naturaleza oculta sus ruinas bajo un velo de flores, y nos presenta una belleza siempre nueva, siempre creciente; él, el poeta de la realidad, exhuma los cadáveres, nos hace contar y aun tocar los asquerosos gusanos que se arrastran en medio de esta corrupcion, y ni aun se acuerda del alma que ha pasado á otra parte.

Dejadnos huir de estos repugnantes cuadros y buscar un consuelo en los recuerdos de una naturaleza escogida: bendigamos la belleza divina que irradia al través de la belleza moral. Elevémonos al cielo por la contemplacion de esta amable criatura que parece haber bajado de él; escuchemos su voz que ha conservado el acento de los celestes conciertos.

A pesar de las aberraciones y aun de las herejías del gusto, á pesar de los depravados instintos y delirios de la muchedumbre, ¿qué imágenes son las que hablan á todos los corazones y permanecen en nuestros mas dulces recuerdos? Son las concepciones ideales en las que el alma parece querer absorber y aun anonadar la materia. Son una *Beatriz* del Dante, una *Madona* de Murillo, una *Preciosa*, que quiere elevarse al cielo de Ary Scheffer, un ángel divino de Pablo Delaroche; naturalezas casi celestiales que ensanchan nuestros horizontes, y por medio del pensamiento nos

libran del peso de nuestros dias y de la esclavitud que nos sujeta á la tierra.

Perdonad, pues, á mi querida Preciosa su belleza, su gracia, su infinito encanto, su prestigio irresistible; dejadla bajar los escalones de la graderia como el ángel de blancas alas descendia por la escala de Jacob; dejad á esta dulce vision mezclarse entre los grupos de los vivos y hacer vibrar todos esos tiernos corazones que ya experimentan la magnética influencia de su mirada; dejad que este rayo del cielo atraviese la sombra que forman las espesas ramas de los plátanos, en medio del etéreo vapor de la mañana.

Preciosa inclinó con respeto su hermosa frente hácia la superiora, que la abrazó cariñosamente, y poniendo su pequeña mano sobre el corazón, bajó con mucha ligereza y sonriendo los escalones de la graderia.

—Gracias, dijo, yo os amaré como si fuerais hermanas, y al mismo tiempo daba la mano á las niñas mayores, besaba en la frente á las demás, y las mas pequeñas se asian de su vestido, unas despues de otras, gritando:—¡Y á mí tambien, Preciosa! á mí tambien, Preciosa! Las buenas religiosas, desde el sitio que ocupaban, miraban enteramente conmovidas semejante escena, tierna al par que encantadora, como todo lo que es natural y sincero.

¿Habia sufrido ya bastante aquella pobre y encantadora criatura que miraba con alegría casi celestial, las elevadas tapias, los sitios sombríos y oscuros, y demás cosas desconocidas para ella, y que ya en su interior amaba este lugar de refugio, que mas de una recien venida hallaba á veces triste como una prision, ó solitario como un sepulcro?

¿Cómo, Preciosa! ¿Has escuchado ya las voces mentirosas que abundan en el mundo? has sorprendido la perfidia que envuelve una sola mirada? te has visto amenazada de alguna infame traicion, cuando te crees á salvo en este asilo, cuando escuchas en dulce éxtasis aquellas vocecitas exentas de ficcion, cuando te recreas en sus brillantes y serenos ojos, y cuando, por último, tan confiada vienes á refugiarte en los brazos de tus nuevas hermanas?

¿Cómo, Preciosa! ¿Tan joven y ya sabes que el odio y la envidia pueden muy bien ocultarse bajo un velo de encaje y un vestido de moaré, para aficionarte con tanta esperanza al tosco hábito de burriel que usan las religiosas? ¿Qué te ha dicho ese mundo engañoso, á ti que apenas empiezas la carrera de la vida, para que te consideres dichosa en poder huir de él? qué amarguras se han mezclado ya á tus inocentes recuerdos?

Elevábase, no obstante, el delgado talle de Preciosa en medio de sus compañeras, del mismo modo que el álamo blanco se balancea entre los sauces. Pusieronse todas en marcha, y Preciosa dió la vuelta al vasto patio aprendiendo y procurando retener en la memoria el nombre de cada una de las colegialas, empero sin equivocarse nunca; buscaba las fisonomías que excitaban su afecto, llamaba cerca de sí á aquellas que parecian alejarse de ella á causa de su timidez ó cuaiquiera otro sentimiento, y bien pronto el encanto que se manifestaba en la efusion de su alma, habia puesto bajo su influjo todas aquellas criaturas.

Al volver una calle de árboles, encontró una niña acurrucada al pié de un árbol, que deshojaba tristemente las ramas caidas de los plátanos, y permanecia enteramente estraña al bullicio y animacion que la rodeaban.

Apenas podria tener unos doce años; pero sus facciones estaban demacradas; su tez sin brillo; sus grandes ojos hundidos y lánguidos impregnados de una profunda tristeza; tenia la bata llena de polvo y las manos de tierra, y el semblante alterado.

—¿Quién es esta pobre niña? preguntó Preciosa deteniéndose con asombro delante de ella.

—Es Graziella, es la mudita, decian sus compañeras tirando de ella; es perversa y se la consiente por el estado en que se halla.

—¿Y por qué? dijo Preciosa. He observado que cada una de vosotras conduce de la mano á

otra de las menores á quien pareis dar la preferencia y que os llama su madre. ¿No tiene madre la mudita? quién es la madre de la pobre Graziella?

—¡Ah! sí: ya recuerdo: desde que está aquí ha cambiado de madre lo menos cuatro veces, y todas la abandonan, hasta tal punto, que despues que la última salió del convento, nadie ha querido encargarse de ella. ¡Pero mirad cómo se ha puesto! Y sin embargo, la buena hermana Gertrudis la ha vestido y aseado esta misma mañana, tanto que cuando hemos bajado al jardín estaba tan limpia como nosotras.

—¿Ha sido siempre tan desgraciada? preguntó Preciosa toda conmovida, dirigiéndola una compasiva mirada.

—No en verdad: antes hablaba mas que las otras, y ahora mirad cómo os escucha; pero tuvo miedo un dia, dijo otra niña, y no ha vuelto á hablar. ¡Y si fuera esto solo! pero mirad cómo se pone! Y llenando á Graziella de denuestos, la hacia observar el desorden de sus vestidos y de todo su adorno y la levantó bruscamente de una mano.

—Dejadla, os lo ruego, dijo Preciosa con dulce voz libertando la mano de la niña y tomándola sobre la suyas; ved cómo me mira y cómo adivina tal vez que yo tambien he sufrido, yo, que me encuentro hoy tan perfectamente entre vosotras. Dejadme seguir una idea que se me ha ocurrido; dejadme, hermanas mias, hacer el ensayo de servirla de madre, vosotras me ayudaréis, y veréis cómo la volvemos aseada y bien parecida. ¿Qué se necesita para obtener el permiso de ser su madre?

Graziella, desaliñada, vergonzosa y llena de embarazo, habia oido estas dulces palabras que la dejaron sorprendida en extremo; ¡estaba tan distante de esperar siquiera una simple muestra de interés en el estado de abandono en que se hallaba! Pero de repente se iluminó su fisonomía; secó su rostro con las mangas y sus manos en la bata; tomó entre sus súcias manos la tierna y blanca de Preciosa, y como si quisiese buscar en su memoria la entonacion de una palabra, palpitando bajo el peso de una grande emoción, y haciendo un esfuerzo supremo, con gran trabajo y una voz gutural y bronca articuló estas palabras: *¡Madre! madre!* Pero esta palabra tan fácil, tan dulce, y tan tierna, fué la única que acertó á salir de sus labios contraídos.

—Ha hablado, ha hablado, gritaron las demás niñas.

Graziella arrastró consigo á Preciosa corriendo con cuanta rapidez pudo hácia la superiora, que se paseaba con algunas señoras á la entrada del jardín reservado, se colocó delante del grupo formado por las religiosas y las presentó á Preciosa á quien besaba la mano, y haciendo grandes esfuerzos repetia: *¡Madre! madre!* al mismo tiempo la dirigia miradas estáticas y llenas de admiracion.

—La mudita ha hablado, ha hablado, repetian las niñas: Preciosa es la que hace hablar á los mudos.

—¿Cómo, Preciosa! dijo Mme. Teresa, la superiora, enteramente sorprendida, y despues de haber consultado á las religiosas con una mirada: ¿queréis ser la madre de esta pobre abandonada! Haréis una buena obra porque nosotras la queremos, á pesar de su falta de cuidado; no es de mala índole, y llegaréis á amarla tiernamente cuando sepais su triste historia. Os confieso que yo misma he estado dirigiéndola por largo tiempo, pero sin éxito; pero vos, que sois su compañera, conseguiréis tal vez lo que yo en vano he intentado, si la tratáis con amor y dulzura, porque lo que ella necesita es una simpatía aun mas íntima que la que de mí pudiera esperar. En todo caso, hija mia, me complazco en veros intentar solamente una prueba que nos manifiesta el tesoro de bondad que encierra vuestro corazón. Vamos á inscribiros como su madre; así reemplazaréis á la hermana Gertrudis, que nada ha podido conseguir de ella, como habeis visto, á pesar de su escelente corazón y de los cuidados que la prodigaba. Nos seréis responsable de su trabajo y aun de su comportamiento; pero no seremos demasiado severas al principio, porque os costará mucho trabajo. Cobrad ánimo, hija

mia, y esperadlo todo de vuestro escelente corazón.

—Y bien, Graziella, ¿eres ya feliz? has encontrado ya una madre, y Preciosa ha dado soltura á tu lengua: ¿quieres hablar otra vez?

—¡Madre! madre! dijo Graziella, aunque con esfuerzo, y con grandes muestras de alegría.

Por toda respuesta se inclinó Preciosa, abrazó tiernamente á la pobre niña, y dijo á sus compañeras:

—Desde este momento es mi hija, y la que quiera obtener mi cariño, deberá comenzar por amarla.

Tomándola en seguida de la mano no la volvió á dejar mas, y empezó á contarla cosas que la distrajesen, ocupándose acto continuo en asearla, que en verdad era lo que necesitaba. El primer punto á que se dirigió fué, como se deja presumir, á la fuente, y allí Preciosa lavó la cara y las manos á su hija.

¿Y no formaba ciertamente un grupo encantador esta union espontánea de la belleza con la fealdad, de la gracia sin límites con una imbecilidad que rayaba casi en embrutecimiento, de una inteligencia despejada con una timidez cercana al idiotismo, de un ánimo resuelto que brinda protección con la debilidad, que encuentra un socorro, una simpatía que no esperaba? Todas las miradas comprendieron el encanto de semejante contraste; todas siguieron con los ojos á la joven madre y á su desgraciada hijita que saltaba á su lado mirando orgullosamente á todas partes, porque conocía que había encontrado un apoyo, y repitiendo incesantemente: ¡Madre! madre!

Decir, no obstante, que entre tan gran número de compañeras no hubo algunas burlonas sonrisas, algunas miradas de mal encubierta envidia, sería desconocer lo que es nuestra pobre naturaleza, sería lo mismo que negar la existencia de la cizaña, aunque poca, en el trigo mejor cultivado. Sin poderse dar cuenta de la emoción que había sido bastante para arrancar algunas sílabas inarticuladas á la pobre mudita, una niña decía riendo en un grupo: «¡Ya ha hecho hablar á los mudos, bien pronto dará vista á los ciegos y enderezará á los cojos!» Pero Preciosa estaba demasiado contenta para querer ver ni aun oír estas maliciosas, aunque inofensivas observaciones, y cuando terminó la hora de recreo, siguió á sus compañeras, no sin haber antes abrazado tiernamente á su hija Graziella, que estaba desconocida despues de la limpieza que había hecho en ella su joven madre.

En conclusion, las dos eran felices: ¿y quién sabe si es mayor la alegría del que recibe el pan cotidiano, ó la de aquel que puede suministrarlo?

(Se continuará).

## EL ANGEL MALO.

NOVELA ORIGINAL

DE JUAN DE LA CRUZ BERRIO.

### PRIMERA PARTE.

#### LA JUSTICIA HUMANA.

#### CAPITULO PRIMERO.

##### LAS NUPCIAS.

En el año 1583, pocos dias antes del Carnaval, fondeaba á las siete de la mañana en el golfo de Venecia un buque mercante que procedía de Nápoles.

El sol asomaba á los cielos la mitad de su resplandiente disco de oro, y teñía con distintas ráfagas las sonoras y apacibles olas del Adriático, que se estrellaban juguetonamente en la base de los suntuosos palacios de jaspe y mármol que adornan á Venecia, fundada sobre estacas y en su mayor parte, segun los admirables diseños del inmortal Palladio.

Venecia es como una hermosa ninfa de los cuentos árabes que se alzase sobre la superficie de las aguas hasta la mitad de su niveo y undulante pecho.

Y cual si fuera el suspiro de esa ninfa, la brisa que en brillantes ondas se desprendía del golfo, iba á arrullar perfumada y armoniosa el palacio de los Duces, de Grimani, de Fornaro, los pórticos de la iglesia de San Marcos rodeada de 288 columnas de mármol, y las bordadas cúpulas, en fin, de tantos soberbios edificios, como se levantan opulentos despreciando los abismos del mar y la inmensidad del espacio. No podemos resistir la tentación de insertar estos magníficos versos con que encomia á Venecia la señorita Angela Grasi:

Ved la encantada Venecia  
á flor del agua dormida  
cual una estrella caída  
de la bóveda eternal.

Cual bella flor que campea  
sobre alfombras de verdura,  
cual maga que en noche oscura  
cruza el limpido cristal.

Ved las olas murmurantes  
que en carrera vagorosa  
besan su playa arenosa  
y se duermen á sus piés.

Ved como irguen su frente  
esos altos campanarios,  
cual gigantes temerarios  
de las nubes al través.

ANGELA GRASI.

Un joven, en cuyo rostro se reunían la gravedad romana y la voluptuosidad griega, de negros cabellos, grandes ojos y nariz de líneas purísimas, elegante talle y vestido, segun acostumbraba á hacerlo en aquella época la aristocracia italiana, mientras los marinos se ocupaban de sus respectivas tareas, saltó del buque á una ligera y graciosa góndola, en cuyo toldo había recamadas magníficas flores de brocado.

El gondolero, hombre delgado, de ojos diminutos y tez morena, remangándose la camisa y empuñando los remos con energía, dijo al joven con voz tranquila:

—El antiguo Dux, vuestro padre, os espera en casa de signor Rocartí.

El joven cayó indolentemente sobre un cojín de terciopelo, y la góndola, algunos minutos despues, se deslizaba como una golondrina á lo largo del canal que divide las calles de Venecia, inundado, á la sazón, de multitud de barquillas que viraban en distintas direcciones al compás de los animados y dulces cantares que articulaban los remeros.

La góndola en que iba el hijo del antiguo Dux, segun la espresion del hombre que la conducía, fué amarrada á una columna de jaspe, y el joven puso el pié en el primer peldaño de una escalera que guiaba al interior de la casa de signor Rocartí.

De pronto se sintió acariciado por los brazos de un hombre bajo y rechoncho, que llevándole casi á remolque á un salón, dijo, indicando á un anciano sentado con gravedad al lado de una hermosa joven:

—A fé de Rocartí que nunca he tenido un placer mas grande que en este momento en que os presento á vuestro buen padre.

Y le empujó con suavidad.

El anciano se levantó del sillón, y dando algunos pasos, estrechó entre los brazos á su hijo, cuyo pecho regó con lágrimas de alegría.

Y aquellos dos corazones que latían juntos, el uno agobiado de la tristeza que en pos llevan los años, y el otro rebosando las candidas ilusiones de que va impregnada la juventud, ni aun pudieron explicarse la intensa alegría que experimentaban.

—Las grandes emociones necesitan la soledad, repuso Rocartí dirigiéndose á la joven; vamos, hija mia, salgamos de aqui.

Y asiéndola con amabilidad de una mano:

—Es un precioso joven, añadió por lo bajo: ¿no es verdad Blondina?

Blondina, cuyo retrato no tardaríamos en bosquejar, fijó entonces los ojos en el joven, que en aquel momento la dirigía una mirada atenta y profunda.

Ambos experimentaron como el contacto de una chispa eléctrica.

—Vamos, Blondina, hija mia, prosiguió Rocartí; no tardemos en dejar el salón para que Frari y su padre, mi buen amigo, el antiguo Dux, puedan llorar de júbilo con mas libertad.

Pero el anciano con un gesto imperioso los detuvo, é inclinándose ante la joven, como así mismo su hijo, ambos salieron casi sin replicar á la escalera, mientras Blondina volvió á sentarse en su sitio, perfilando en el labio inferior una demostración de orgullo resentido.

El antiguo Dux tomando de la mano á su hijo, puso el pié en la góndola que había amarrada á la columna de jaspe, y haciendo seña de que remasen, pronto se vieron trasportados cerca de la plaza de San Marcos.

Dos minutos despues padre é hijo penetraron en un suntuoso palacio, cuyos jardines daban á un callejón practicado no lejos de las vigorosas arcadas de la plaza de San Marcos, pasando los edificios llamados Procuratie.

—Dios te bendiga, hijo mio, como yo lo hago, exclamó el anciano sentándose en un sillón forrado de Smirna al lado de Frari, que repuso:

—Y Dios os dé dias tranquilos, padre mio, porque sabéis conducirme por la senda del bien.

—¿Has estado en Nápoles muchos dias? preguntó el antiguo Dux, Manuel Frari, mudando de giro en la conversacion.

—Los suficientes, padre mio, para averiguar el fin desastroso de la familia que me indicasteis.

—¡Ah! ah!

—¿Por qué mudais de color? por qué os aflijís tan hondamente, padre mio? ¿Tanto os interesaba la felicidad de esa familia?

El antiguo Dux guardó silencio, y se sostuvo la frente con una mano, mientras su hijo aguardaba que le respondiese.

—Escucha, repuso el anciano de súbito: ¿sabes que soy ya bastante viejo, y sin embargo me atrevería á viajar otra vez para convencerme por mis propios ojos de la catástrofe que ha ocurrido á esa familia?

—Padre mio, cualesquiera que fueran los compromisos que tuviérais con ella; ¿no habeis hecho bastante con enviarme á Nápoles con el objeto de tomar una nota circunstanciada de las desgracias que ha podido sufrir? Pues bien: he cumplido mi misión con deciros que el cabeza de esa familia quedó arruinado, se suicidó á su consecuencia, y sus tres hijos han desaparecido sin poderse adivinar el punto de su residencia.

El antiguo Dux volvió á abismarse en misterioso silencio; pero levantándose como impelido de un resorte, se puso de pié ante su hijo.

—Há un año, exclamó con voz solemne, que viajé por Italia con el supuesto nombre de Antonini, arruinando muchas familias en el juego: aunque viejo, entonces como ahora, gozaba de energía y pude librarme de los inminentes riesgos con que me cercaban aquellos que perdían su capital en mi banca. Este es el opúsculo de mi historia en este año. Tenlo grabado en la memoria, y algun dia podrás resolver con el un intrincado problema. Ahora bien; solo me resta decirte que estoy contento de tí, y te concedo el permiso para que elijas mujer entre las jóvenes mas hermosas y ricas de Venecia.

Y el antiguo Dux dió un paso hácia la puerta de la estancia.

—Te dejo para que descanses; adios, hijo mio, ¡yo te bendigo por segunda vez!!!

Y esto diciendo, desapareció con paso seguro y firme.

Roberto Frari quedó pensativo.

Su alma noble, franca, expansiva, y tan bella como su rostro, no acertaba con la clave del misterio que su padre solo había indicado ligeramente.

En medio de sus reflexiones le pareció ver va-

gar con sus ojos hermosísimos la imagen de Blondina, única mujer que había logrado, acaso sin saberlo ella misma, fijar el corazón del joven, que acariciado por esas halagüeñas é infusas ideas, muchas veces preludio del amor, recostó la frente sobre las manos y disfrutó de un dulce descanso, de un apacible letargo.

Trascurrieron cinco días. Había llegado el período de fanatismo, de locura, de palpitation, de intenso regocijo, el período en que los aristócratas dejan su brocado por la blusa del artesano, y en que el artesano abandona su trabajo para ceñirse el guante del aristócrata, el período en que la virtud parece loca y la locura virtud, el período en que todas las clases de la sociedad truecan sus papeles por los contrarios; ¡el Carnaval!!!

Roberto Frari no faltó al teatro. Reunido con los elegantes y despilfarradores, recorría los palcos riendo unas veces y otras contando anécdotas que hacían reflexionar sobre su vida íntima á las personas que las dirigía.

Al fin adoptó el dominó por ser traje cómodo que permite otro vestido debajo, otra transfiguración del hombre doble, y tomando un mocoletto, se lanzó á una desierta crujía cansado ya de poner en movimiento á los concurrentes de palco con su vestido de dominó y sus cuentecitos especiales.

Desde aquella crujía se oía el ruido monótono del teatro como extramuros, el confuso de una ciudad populosa.

Roberto Frari se puso á esperar una partida de jardineros que no debían tardar en llegar, mientras que una georgiana decía á un turco tras la puerta de cristales que había al extremo de la crujía.

—¡Os lo juro, Geminiano!! ¡Solo á vos puedo amar con delirio en el mundo!!

Y separada de pronto del turco á quien denominó Geminiano por el torbellino de jardineros que avanzó entre cinicas carcajadas, se sintió llevada como en vilo al interior de la crujía.

Roberto Frari lanzó lejos de sí el mocoletto, y confundiendo con los jardineros, tomó el brazo de la georgiana, á quien de repente se le cayó el antifaz.

Y apareció un blanquísimo y ovalado rostro, con una boca de rosa que hubiera envidiado la misma Pandora, con unos ojos esmaltados de azul diáfano, con una nariz recta guardando nivel con su tersa y alabastrina frente, con unas mejillas purpurinas y bien formadas, rodeado de rubios cabellos, que medio deshechas sus gruesas trenzas caían undulantes sobre la límpida epidermis de su cuello torneado y sus anchos hombros de marfil.

Era Blondina.

Roberto Frari la contempló absorto por un instante, y olvidándose de las máscaras que los circunvalaban, se alzó la capucha del dominó, dejando en perspectiva su semblante coloreado por el fuego de los veintinueve años.

Y oprimiendo las manos de la joven:

—¡Blondina! bella Blondina!! exclamó exaltado, ¡yo os amo!! yo os entrego mi corazón! soy vuestro esclavo!! ¿Quereis que sea el mas afortunado de los hombres? ¿Quereis que sea envidiado hasta por los mismos angeles? ¡Decid que me corresponderéis siquiera con la mitad del cariño que os profeso! decid que vuestra alma está ligada á la mía con preciosos y ricos lazos de amor!!

Blondina! hermosa Blondina!! ¡No podre vivir sin vos! dadme una palabra de consuelo, una fugitiva esperanza y os adoraré de rodillas!!

La hija de Rocarti le lanzó una mirada de indiferencia glacial, una mirada que traducida al lenguaje del desden, equivalía tanto como el gesto que se perfiló en sus labios cuando salieron del salón de su casa el antiguo Dux y el joven que tenía ante sí.

—¡Oh! por piedad!! murmuró Frari consternado, ¡por piedad corresponded este inmenso cariño que de pronto se ha desenvuelto en el fondo de mi alma!!

—Caballero, ¿deseariais que fuera franca con vos? preguntó Blondina en voz baja, pero firme y decidida. Leo la respuesta en vuestros ojos. Pues

bien; ¡yo os juro que mi corazón pertenece ya á otro hombre!!

El rostro de Frari tan apacible y benigno de ordinario, se contrajo por primera vez en su vida con una espresion indefinible de angustia.

E iba á prorumpir en exclamaciones de dolor cuando mil turbulentas y burlonas carcajadas resonaron á su torno, sintiéndose arrastrado por el torbellino de nuevos jardineros y cruzados destinados á recuperar la Tierra Santa que inundaron la crujía.

La algazara, el estruendo y la confusion parecían estremecer hasta los sólidos cimientos del teatro destinado á las máscaras.

Frari perdió á Blondina entre la muchedumbre, y no la volvió á ver en toda la noche.

¡Qué horrible es la noche cuando uno está separado del objeto que mas se ama en el mundo!! ¡Qué horribles son las horas cuando se piensa que ese dulce objeto no solo está lejos de nuestro lado, sino tambien muy lejos de adorarnos como querriamos!!

Los ojos de Frari no veían sino á Blondina, y sin embargo, nadie estaba mas escondida á sus ojos que ella; ella, que cambiando el traje de georgiana por el de andaluza, colgada del brazo de Geminiano, recorría el teatro entregada á una dulce y lisonjera delicia.

No muy distante se oían los alegres ecos de las bulliciosas máscaras que atravesaban las calles de Venecia en ligeras góndolas coronadas de penachos de luz, que se reverberaba con mil matices sobre las sosegadas y tranquilas aguas.

A otro día Roberto Frari se arrodilló ante el antiguo Dux, y tomándole las manos, dijo con voz profunda y conmovida:

—Padre mio, no teneis mas hijo que yo, y es imposible que me negueis lo que os voy á suplicar. ¡No puedo vivir sin Blondina! ¡Pedidla á Rocarti, pedidla para que yo sea venturoso, padre mio!

El antiguo Dux, así llamado por haber sido mucho tiempo jefe en la república de Venecia, tendió una mano á su hijo.

Dos días despues, Rocarti se encerró con Blondina en un gabinete, donde todos los caprichos del lujo se veían satisfechos.

Blondina era la única persona que restaba á Rocarti para fijar su cariño, y sin embargo, Rocarti, tan grueso de cuerpo como avaro de corazón, tan torcidas sus intenciones del camino del bien como su nariz descomunal de la línea recta, se disponía á sacrificar á su hija en caso que fuese necesario á su proyecto.

—Te amo mucho, hija mia, dijo poniéndose de pié ante la otomana, en que se reclinó la joven; te amo mucho, y por lo mismo estoy pronto á hacerte feliz.

Blondina se acordó de Geminiano, y presentó la frente á su padre, que estampó en ella un ardiente y sonoro beso.

—Ayer mismo te pidió en matrimonio para su hijo, prosiguió Rocarti, una de las personas mas respetables en Venecia por los anteriores destinos que ha desempeñado y por su actual posición.

—¿Y quién es esa persona, padre mio? preguntó Blondina palideciendo visiblemente.

—El antiguo Dux, contestó Rocarti en voz hueca y campanuda, como diciendo: *¿Qué te parece de la fortuna que has tenido?*

La joven bajó los ojos ante la mirada penetrante y la sonrisa melada de su padre.

—¿Qué respondes?

—Muy poco.

—¡Diantre! ya lo creo.... ¡Frari no solo es inmensamente rico, sino tambien bello y de un corazón escelente. La contestacion es terminante, ¿verdad?

—Cierto, padre mio, cuando no amamos á una persona, la respuesta que se da es bien concisa.

Rocarti retrocedió un paso asustado.

—Me habeis dicho há poco que me amais, que estais pronto á verificar mi felicidad, y no tengo inconveniente en declararos, fiada en esas buenas intenciones, en ese amor, que me es impo-

sible acceder á la peticion con que acude á vos Roberto Frari por conducto de su padre.

No insistiremos en pintar los colores de sorpresa é ira que consecutivamente fueron tiñendo el rostro carnoso de Rocarti, estremecido hasta en la médula de los huesos por una violenta convulsion.

Avanzó el paso que había retrocedido, y con los ojos chispeantes, con las manos cerradas, con los labios entreabiertos, se inclinó ante Blondina.

—¡Truenos! refunfuñó en voz terrible.... ¿A quién amais, insensata?

—A un hermoso joven que no es Frari, respondió Blondina alzando con serenidad la frente.

Rocarti cerró los ojos acometido de un vértigo.

—Ese joven, padre mio, prosiguió Blondina con el dulce tono que solo es capaz de producir la fibra italiana, es de noble, aunque pobre familia napolitana.

Profundamente encolerizado Rocarti, amenazó á su hija con los puños; pero conteniéndose de repente, principió á pasearse por la habitacion.

Luego se aplacaron sus facciones descompuestas, sonrió con afable espresion, y acercándose á la joven, dijo tranquilamente:

—Nos conocemos perfectamente, hija mia: tú eres tan pertinaz como yo, ambos somos inflexibles en nuestras decisiones; pues bien, ¡oye!

Y encorvándose con graciosa amabilidad, acercó los labios al oído de su hija, pronunciando dos frases misteriosas.

Blondina dió un respingo, se desencajó levantándose de la otomana, y retorciéndose los tersos brazos dolorosamente, cayó á los piés de su padre.

Rocarti seguía sonriendo.

—Sí..... sí..... murmuró, sí, hija mia..... ambos somos inflexibles..... ¡ya lo sabes!

—¡Dios mio! exclamó la joven, ¡Dios mio! cuánto padezco!

—Ni una palabra mas, Blondina, te ruego que no articules una palabra mas sobre el particular que estamos ventilando.

Y asiendo su mano, la alzó del pavimento.

Estaba la joven aterida de horror, con los ojos oscurecidos, los labios crispados, el cabello suelto con desórden sobre los hombros, y despedazado el pecho por las duras sacudidas de su corazón.

Un instante despues rodó una lágrima á lo largo de sus mejillas.

—Padre mio, dijo palideciendo aun mas intensamente, ¿estoy pronta á obedeceros en todo cuanto querais?

Y sin poder sostenerse, se desplomó desmadrada sobre la otomana, mientras Rocarti le hacia aspirar un pomito anti-nervioso.

Quince días despues un sacerdote bendecía en sacramento á dos jóvenes, que parecían amarse con efusion.

Blondina era esposa de Roberto Frari.

Cuando este, rebosando de contento y alegría, condujo á su esposa al lecho de nupcias, vió que se desprendió de su pecho, no una flor de azahar con su aroma delicado y puro, sino un fúnebre tallo de negro ciprés.

## CAPÍTULO II

### EL ASTRÓLOGO.

Cerca de la oracion, esa hora suntuosa cantada por Petrarca en versos inmortales, se deslizaba con silencio una góndola entre las inconcusas urnas del canal, despues de pasar bajo los atrevidos arcos del puente de marmol que pone en comunicacion sus dos orillas.

El joven que la conducía la manejaba con tanta habilidad y destreza, que parecía una sombra escurriéndose sin tocar sobre la panda superficie de las aguas abiertas y separadas por los remos de encina labrados.

Amarróla á un pilar, y saltando á tierra, el joven, se internó en una magnífica casa, sita al lado del palacio de los Duces, que concluía en la cúpula de un torreón, de singular estructura,



Tu serás responsable ante Dios, si no obras como si la fatalidad no existiese. (Pág. 265, columna 2.ª).

y que destacaba su blanca y caprichosa forma en la bruma que principiaba a inundar el espacio.

Aquella casa, mirada de reojo por muchos venecianos, era la del sabio astrólogo Croverto, que tenía fama de leer en el porvenir, como Dios puede leer en el libro de los siete sellos.

Había pasado ya tres tercios de la vida, y su estatura enhiesta y firme parecía resistir el desgastamiento de los años; brillaban sus dos enormes y dilatados ojos; aspiraba todavía con violencia su nariz elástica y flexible, y su rostro, oculto, por decirlo así, entre su poblada y larga barba gris, se adaptaba a la expresión de humildad, lo mismo que destellaba la cólera y la concupiscencia.

Envuelto en una bata con luengas mangas de rico terciopelo de Utrech, galoneada con presillas de plata, sujeta a la cintura por un ceñidor de seda, en que se veían representados los signos del Zodíaco, que a su entender simbolizaban, no solo las conjunciones del cielo, sino también los hechos de los doce Apóstoles, como en el poema del cartujano Juan de Padilla, que acaba de dar a luz, con lo que podía blasonar de ser gentil ó cristiano, según las poderosas circunstancias que le rodeasen; envuelto en su larga bata abigarrada, y sentado en un sillón que tenía sus pretensiones de butaca, examinaba un instrumento óptico que había tomado de la mesa que tenía delante, cubierto de otros de matemáticas y astronomía, algunos crisoles medio derruidos y un precioso astrolabio de plata cincelada.

Detrás del sillón se destacaba un pequeño estante de libros perfectamente enmaderado, y en el que lo mismo se podrían encontrar las obras de los autores clásicos que la de los teólogos cristianos, lo mismo los poemas de Homero que las epístolas de San Pablo.

Toda la estancia, desde la que se pasaba al torreón, teatro de las observaciones cosmológicas del astrólogo Croverto, estaba adornada con admirable cálculo para producir impresión en el ánimo de los individuos que iban a consultarle en

pleno siglo diez y seis, bien sobre la felicidad dudosa de sus cónyuges, ó bien sobre el destino futuro de sus hijos.

Hondamente abstraído se hallaba Croverto en sus reflexiones, cuando apareció en el dintel de aquella especie de laboratorio, con los brazos caídos, con languidez y la frente marchita y taciturna, el joven que hemos visto conducir la góndola con tanto sigilo a lo largo del canal.

Al ruido que sus pasos produjeron, Croverto levantó la cabeza.

—Ven Geminiano, acércate, dijo cariñosamente.

—¡Oh! Croverto! mi querido protector, ¡cuánto estoy sufriendo há cerca de un año! exclamó Geminiano penetrando en el gabinete y sentándose al lado del astrólogo.

—En efecto, mucho debes padecer, Geminiano, porque tus ojos pardos están tristes y como rodeados de un velo; tu nariz no aspira siquiera un átomo de aire con satisfacción; tus delgados labios están descoloridos, y tu cuerpo, alto y siempre elegante, se doblega bajo el peso de una desgracia que desconozco. Escucha Geminiano, no hace dos años que te conozco, viniste recomendado a mí por una persona que estimo, y cuando descubrí que mi hijo, que apenas cuenta cinco años, mi hijo, ese desgraciado que se quedó huérfano de madre bien pronto, y que no tardará en perder a su padre también, porque yo voy ya caminando entre los senderos de la muerte, sin que con toda mi ciencia de adivinación pueda dejarle un rico patrimonio; desde que descubrí, repito, que mi hijo va a tener el mismo fulgor de tus ojos penetrantes, la misma movilidad de labios, el mismo perfil, el aprecio que te profesaba se convirtió en amor. Ahora bien, Geminiano, un día me revelaste que habías salido de Nápoles con la terrible idea de vengar a tu padre de no sé qué cosa, y que te sentías anegado en angustia porque habías olvidado tu misión en el seno de un amor inusitado y profundo; te consolé; te hice juzgar bien de tí mismo; y hoy, después de ocho ó nueve meses que

no me has visto, te apareces tétrico y ajado en el dintel de este laboratorio de mentiras, si, de mentiras, Geminiano; hay muy poco de real, solo lo que concierne a las matemáticas, a la astronomía; lo demás es una ficción, una ingeniosa mentira, porque el hombre jamás podrá clavar los ojos de una manera fija en el porvenir, que es el gran libro donde se recrea aquel gran espíritu que hizo brotar a su soplo mundos de luz y armonía. ¡Geminiano! en nombre de mi cariño, en nombre de la persona que te recomendó, en nombre de ese espíritu que acabo de invocar, dime, ¿qué pena te aflige? ¿qué perturba tu sosiego?

—¡Qué bueno sois! No puedo menos de ser franco y expansivo con vos, mi protector, mi Dios; no puedo menos de sentirme aliviado con el bálsamo de vuestras frases.

—Vamos, dime tus cuitas, Geminiano, y espera.....

—¡Esperar! ¿Se puede acaso esperar cuando para siempre han separado de nuestro lado la mujer que adoraba el corazón? ¿Se puede acaso esperar cuando el amor que nos arrastaba a esa mujer, se ha deshecho en odio intenso y negro?

—No me deis ideas generales, Geminiano; lo que necesito es el nombre de esa mujer.

—La llamaban Blondina.

—¡Ah!

—¿La conocéis?

—Es la hija de un antiguo asesino de Venecia. Geminiano palideció.

—Hace diez meses que casó con Roberto Frari murmuró con sombría entonación.

—Si, y ya tiene dos gemelos, a quien esta noche debo leer su respectivo horóscopo a invitación del mismo Roberto. Esto es magnífico, prosiguió Croverto observando los extraños celajes que cruzaban como las nubes el cielo el rostro contruido del joven; esto es magnífico, grande, providencial, ¿no es verdad, Geminiano?

Geminiano estrechó las manos de Croverto y fué a abrir los trémulos labios para suplicarle

que le ayudase en la venganza que meditaba, cuando se oyeron pasos á la parte de afuera.

El astrólogo agarró á Geminiano y casi le arastró á una próxima estancia, percibiéndose á poco los pasos en la que acababan de abandonar.

— ¡Chist! es Roberto Frari, sin duda, que viene con sus dos gemelos á consultarme sobre su porvenir; toma, añadió Croverto, despojándose de su ropa talar y quedándose en cuerpo; toma esta bata, ponte las postizas barbas que penden de aquel clavo romano, y leyéndole el porvenir, saca el partido que quieras de su necia credulidad.

— ¡Ave María! exclamó Roberto Frari, acercándose á la mesa del astrólogo y demandando sobre su superficie los dos festones de seda en que llevaba á sus hijos gemelos, profundamente dormidos; ¡Ave María!

Pero solo el eco de su voz contestó en el gabinete.

La lámpara que ardia colocada entre dos barritas paralelas de hierro enclavadas perpendicularmente en un zócalo de lava, destelló con mas agonía sus largos y melancólicos rayos.

Los últimos acentos de las campanas de *Il Redentore* que tocaban á la oracion, llegaron fúnebres y misteriosos hasta aquella elevada estancia, rodeada de negros tapices y adornada con objetos estraños é imponentes, sobre cuyo torreón se sentían gritar cavernosas las aves nocturnas.

Luego siguió un silencio sepulcral. De un espíritu religioso, de un corazón sencillo y bueno, fácil es hacer un ser supersticioso y tímido.

Así es, que Frari, sobrecogido en el corazón por los acentos estraordinarios que surcaban la intensa oscuridad de la noche, aterrada su alma por los varios instrumentos de ignorada aplicacion que le rodeaban, se inclinó sobre sus hijos y estampóles un beso en la frente como si quisiera guarecerse de su cándido espanto con la sonrisa adormida que las cruzaba.

— Insensato, tronó una voz al mismo tiempo que se presentó en el dintel de una puerta simulada en la pared, un viejo cuya blanca barba le llegaba al pecho, y cuya bata particular parecia encubrir un armazon de huesos carcomidos por el torbellino de los años; ¡insensato! esas caricias que prodigas a tus hijos las verás algun dia reproducidas en ellos mismos, pero de un modo inicuo, denigrante y horrible.

— ¡Vos no sois Croverto! exclamó Frari: ¿quién sois?

Croverto ha desaparecido ya de la tierra y le he heredado en la ciencia; ¡soy la voz del porvenir! soy un astrólogo! El astrólogo que dice al porvenir ¡ven! y el porvenir abre sus arcanos; el astrólogo que ya ha predicho el destino de esa hija que tanto amas, de ese hijo en quien tanto esperas, ¡insensato! insensato!

Frari cayó casi desvanecido en un sillón.

— ¡Y dónde está escrita, para que no sea irrevocable, la sentencia que fulminais á mis hijos? ¡albuocé atolondrado.

— ¿Dónde? Está escrita *ab eterno* en el gran libro de Dios, y lo que allí se consigna no falta ni un ápice.

En aquel momento la frente del astrólogo brillaba cargada de nubes, y su voz era firme, vibrante, tremenda.

— Pero vos, repuso Frari, fascinado; vos, que sois nada mas que un hombre, ¿cómo es posible que escrute vuestra inteligencia lo incierto del porvenir, y que escale los cielos para dejar una mirada de exámen en los misterios de Dios mas profundos que el mar?

— ¡Y no sabes, desventurado, contestó el astrólogo encendiéndose sus ojos, y volviéndose cárdeno el color pálido de su semblante; no sabes que ese mismo Ser Supremo, tan incomprendible y tan infinito, graba signos sobre el fulgor de las estrellas para que marquen la vida y el giro

de las cosas? Además, prosiguió el astrólogo tomando un timbre de voz religioso y persuasivo, ¡Dios concede ojo de ángel al que mortifica su alma con la penitencia!!!

Frari se levantó aturdido del sillón, y aproximándose con angustia al astrólogo, le dijo casi cruzando las manos en ademan de súplica.

— ¿Con que no hay remedio para mis hijos? ¿Con que su horóscopo es invariable?

— ¡Serán incestuosos!

— ¡Clemencia de Dios!

— ¿Te aterra acaso el destino?



Alejandro de Humboldt.

— ¡Oh! murmuró Frari retorciéndose las manos, ¡oh!

— Serenidad, ánimo, hijo mio, dijo el astrólogo con unción; es preciso acostumbrarse al cáliz de acibar que presenta la vida, puesto que los incidentes desagradables que en ella suceden, son irremediables como todas las cosas de la fatalidad, irremediables como la muerte. Pero tu serás responsable ante Dios, prosiguió el astrólogo en tono profético, si no obras como si esa fatalidad no existiese, como si las acciones fueran espontáneas y libres..... Tu deberás decir: Hijos, para que mi vida en el otro mundo sea reposada é inefable, me veo obligado á separaros y poner por medio muchas tierras, medio globo si se quiere, despues como estais sometido á la necesidad de las cosas, el destino, cuya mano es implacable, os volverá á reunir desbaratando de ese modo mis buenos proyectos; pero al menos yo seré libre de los horribles y tremendos martirios del infierno y de la maldición de las generaciones futuras, que sepan mi noble y laudable decision. Ahora bien, yo, en nombre de tu conciencia, en nombre de Dios, te suplico que me entregues tus hijos para poner entre ellos una barrera á la fatalidad, pequeña y leve, es cierto, pero que al fin será una barrera.

La voz del astrólogo era imponente, soberana, persuasiva.

Roberto Frari quedó abismado en una profunda reflexion en que luchaban sus instintos de padre y sus ideas religiosas llevadas hasta la supersticion. Luego levantó con terrible serenidad la frente, que habia tenido reclinada sobre el pecho y acercándose en silencio á la mesa cogió los dos festones y los ofreció al astrólogo.

(Se continuará.)

CURSO FAMILIAR DE LITERATURA

FOR LAMARTINE.

TRADUCIDO AL CASTELLANO POR

D. EDUARDO PERIÉ.

(Continuacion.—Véase el núm. 15).

¡Es el que no tiene ni principio ni fin, que no se le puede llamar ni vida ni muerte, porque está fuera de su círculo y es superior á ambas! Es el todo, piés, manos, semblante, cabeza, ojos y orejas.—Gérmen de todos los mundos, los llena con su estension, y sin tener órgano alguno, está resumido en todas las facultades de los órganos; sin estar incorporado á nada, todo lo contiene, y sin ninguna cualidad de las cosas, participa soberanamente de ellas.—Es lo interior y exterior, lo movible y lo inmovible de la naturaleza, y que por la imperceptibilidad de sus partes, en lo que llamamos infinitamente pequeño, no se distingue; está lejos, y sin embargo presente; es indivisible y está compartido en todas las cosas; es lo que destruye y lo que produce; es la luz, pero no las tinieblas: (esta es una protestacion terminante contra el panteismo, del cual acusan á las doctrinas de la india), es la sabiduria y el objeto, en fin, de toda ella.

»El que me conoce por lo que soy, entra en mi naturaleza y se diviniza.

»Todas las cosas animadas ó inanimadas son producidas por la union de estos dos principios: la materia y el espíritu.

»Cuando ves las diferentes especies de seres que existen en la naturaleza de un solo ser, del cual emanan para estenderse por la tierra; ¡entonces concibes á Dios!

»Los que por medio de la sabiduria se aperciben de que el cuerpo y el espíritu son distintos, y que hay para el hombre una separacion final que lo emancipa de la naturaleza animal; esos, por medio de la inteligencia, adquieren el estado de seres.»

Ved, pues, como esta filosofia sublime, así como la del cristianismo, no coloca la perfectibilidad indefinida en el mundo de los sentidos y de la muerte, sino en la esfera superior del alma y la inmortalidad.

XL.

El diálogo siguiente esplica la teoria del bien por el bien, de la renuncia completa al fruto de la buena accion y de la virtud desinteresada de los sacrificios.—Se cree leer á Fenelon en sus mas piadosos éstasis del amor de Dios para Dios solo.

»Escucha y reten en tu memoria estas últimas palabras, dijo el maestro terminando. Son las mas misteriosas; voy á revelártelas para tu felicidad, porque eres uno de mis escogidos.....»

Entonces resume en pocas palabras toda su doctrina al discípulo, y le recomienda de no revelársela mas que á los que le amen.

»Y ahora, añade el maestro divino, ¿has escuchado con atencion? La nube de tu espíritu que nace de la ignorancia ¿se ha disipado?

»Sí, responde el discípulo, he recuperado con tus palabras el entendimiento.—Y seré firme en mi fé, voy á obrar conforme á lo que creo.

»Y siendo testigo y auditor, canta el poeta, de la milagrosa conversacion del hijo de *Vaseda* y del magnánimo hijo de *Pandoa*, obtuve la gracia de escuchar aquella doctrina celeste, tal cual ha sido revelada por *Krisna*, que es el Dios de la fé.—Mientras mas reflexiono y comento en mi espíritu ese santo y milagroso diálogo de *Krisna* y de *Arjoun*, mas se dilata mi corazón en una alegría sobre natural.—¡En cualquier parte que esté *Krisna*, Dios de la fé, ó *Arjoun*, el poderoso flechero, allí se encuentran ciertamente la verdad, la fortuna, la victoria y la virtud!»

¿Hay algo en este lenguaje y en esas doctrinas

teológicas y morales, que cuentan cuatro mil y seiscientos años, que atestigüen la pretendida barbarie y la grosera superstición que ciertos filósofos se han visto precisados de atribuir al mundo primitivo, para crear su orgulloso sistema?—¿No sentimos, por el contrario, la sabiduría de una edad muy avanzada en fé y en virtud, ó el reflejo aun tibio y luminoso de una revelación primitiva, no borrada del todo de la memoria de los hombres? ¿No se diría al leer esas líneas que una raíz impregnada con la sávia moral del cristianismo futuro, vegetaba en los senos del Himalaya?

Antes de que hojeásemos la literatura de la India primitiva, era necesario daros una idea de la filosofía religiosa de aquellos pueblos, pues para hablar, es necesario pensar.

Pasemos á los poemas de dicha literatura.— Dichos poemas son, al par que una historia en poesía, una teología en acciones.

#### Posdata.

Un admirable escritor que acaba de dirigir á mi nombre en la *Presse*, un himno á la amistad, disfrazado bajo la forma de una crítica, me reconviene por haber desesperado del mundo y haber desanimado el espíritu humano de su santa aspiración al progreso, de haber exhumado de un libro de la *Imitación* y otros, lo que llama miasmas mefíticos de la edad media; de haberle quitado al hombre sus fuerzas en la virilidad, arrebatándole las miras (según nosotros, peligrosísimas), de un *progreso indefinido y continuo* en este pequeño globo.

Le contestarémos en breve en una de estas *Pláticas literarias* que publicamos; porque Mr. Pelletan, que habla como Platon, tiene el derecho de tener tan hermosos sueños como aquel.—Pero nosotros, ¡ay! hace largo tiempo que nos hemos despertado!..... Creemos mas hermoso y viril de mirar frente á frente la sagrada desgracia de nuestra condición humana, que el negarla ó adormecer en nosotros el sentimiento con *opio*.—Ese jugo adormecedor, por muy adornado que esté (y Mr. Pelletan lo adorna como un gran poeta), tan solo puede producir los delirios de la perfectibilidad indefinida y la felicidad sin límites en una tierra que no ha sido ni será nunca mas que un sepulcro blanquecino entre dos misterios.

¡Del progreso local, relativo y limitado, sí! ¡Del indefinido y continuo, no!—Nada es ilimitado en nuestra misera especie, limitado como está á la duración de un relámpago, á un átomo de espacio y á una chispa de polvo.—Utopías en las ideas; pase, pero en la naturaleza no puede ser, porque hasta los elementos se burlarían de nosotros.—Ese género de utopía me recuerda los sepultureros de Hamlet, que juegan á los huesecillos en el cementerio con los cráneos vacíos de los muertos desenterrados.—Respetemos nuestros hermosos destinos futuros en el cielo y nuestra nulidad en la tierra.

Un historiador, cuya erudición está llena de buen sentido, que se eleva cuando es necesario hasta la poesía, emanando de la imaginación, llamado Mr. Thierry, nos proporciona una sorprendente y patética imagen de la condición transitoria de las civilizaciones humanas.—Mr. Pelletan ama las imágenes y tiene mucha razón en ello; porque decir, no es nada, y pintar, es el todo en tratándose del estilo; las imágenes son los grabados de la idea; lo que no se representa, no se dice.—Hé aquí la imagen de Mr. Thierry:

«¿Recuerdas, ¡oh rey! dice un jefe sajón á su príncipe, lo que sucede algunas veces en los días de invierno, cuando estás sentado á la mesa con tus capitanes, y que un hermoso fuego brilla en la chimenea, estando la sala caliente, mientras llueve, nieva y graniza por fuera? Llega un pajarillo que atraviesa la sala rápidamente, entrando por una puerta y saliendo por otra, y mientras la cruza, siente la dulzura, y no le combaten ya ni la lluvia, ni el viento, ni la escarcha; pero aquel instante es fugitivo, el pájaro desaparece en un abrir y cerrar de ojos, y ¡desde el invierno vuelve al invierno!

»Tal me parece la vida del hombre en esta

tierra y su corta duración, comparada á la inmensidad del tiempo que la precede y que la sigue, y lo mismo que el pajarillo: *Del invierno vuelve al invierno.*»

El aire exterior, la lluvia, la nieve, el viento y las escarchas, son las condiciones del hombre; la sala caliente y abrigada es el progreso; el pájaro es la civilización que atraviesa un momento por aquella dulce temperatura; pero ¡ay! no se detiene mucho tiempo, y perseguido por la inestabilidad humana: *Desde el invierno vuelve al invierno.*

¡Echemos fuego, pues, en el hogar, y roguemos á Dios que la luz y el calor duren, diré á Mr. Pelletan; pero no halaguemos al pajarillo que pasa, y no creamos en la eternidad de nada en este mundo, ni aun en la de nuestros sueños!

Paris 20 de marzo de 1856.

LAMARTINE.

#### PLATICA CUARTA.

##### I.

Hemos trazado una idea de la filosofía sagrada de la India y vamos á ocuparnos de su poesía, que es también filosófica.

Pero antes de daros algunos fragmentos, de esos inmensos poemas épicos de la India primitiva descubiertos recientemente; diremos una palabra sobre lo que se entiende por poesía.

Hemos oído preguntar á menudo, qué es poesía, y tando valdria, á nuestro modo de ver, el preguntar lo que es la naturaleza y el hombre.

No se define nada, y esa impotencia para la definición es precisamente la suprema belleza de todo lo indefinible.

Dejemos, pues, á los gramáticos ó teóricos definir si pueden la poesía; y en cuanto á nosotros, vamos á espresar simplemente su verdadero nombre: *misterio* del lenguaje.

En efecto, la poesía tal como la concebimos, no es nada de lo que dicen: no es ni el ritmo, ni la rima, ni el canto, ni la imagen, ni el color, ni la figura ó la metamorfosis en el estilo; la poesía no es ni aun el verso; es todo eso en la forma, á pesar de que carece de ella; pero es otra cosa aun: es la poesía.

##### II.

Hay en todas las cosas humanas materiales ó intelectuales, una parte usual, vulgar y trivial, aunque necesaria, que corresponde especialmente, á la naturaleza terrestre, cotidiana, y en cierto modo doméstica, de nuestra existencia en el mundo; y también en todas las cosas humanas, materiales é intelectuales, hay una parte etérea, inabordable, trascendente, y por decirlo así, atmosférica, que parece corresponder especial y directamente con la naturaleza divina de nuestro sér.

El hombre por un instinto oculto, pero universal, parece que ha sentido, desde el principio de los tiempos, la necesidad de exprimir en un lenguaje diferente, cosas distintas.—Colocado para sentir las y exprimir las en los límites de esas dos naturalezas humana y divina, que se tocan y se confunden en él; el hombre no ha empleado por mucho tiempo un mismo lenguaje para exprimir lo humano y lo divino de las cosas.—La prosa y la poesía se han compartido el lenguaje, como se comparten la creación.—El hombre ha hablado de las cosas humanas, y ha cantado las divinas.—El patrimonio de la prosa ha sido la tierra y todo lo que tiene relación con ella; el de la poesía ha sido el cielo, y de todo lo que se escende á la humanidad en la impresión de las cosas terrestres. En una palabra, la prosa ha sido el lenguaje de la razón, la poesía el del entusiasmo ó el del hombre elevado por la sensación, la pasión y el sentimiento; á su potencia mas elevada en sentimiento y en expresión.—La poesía es el lenguaje de la divinidad.

##### III.

La prueba de esa distinción sacada de los hechos y no de la teoría, la obtendremos observan-

do desde el origen de las literaturas, lo que ha sido del dominio de la prosa y el círculo que ha abrazado la poesía.

En todos los lenguajes el hombre ha hablado y escrito en prosa cosas necesarias á la vida física ó social: domesticidad, agricultura, política, elocuencia, historia, ciencias naturales, economía pública, correspondencia epistolar, conversación, memorias, polémicas, viajes, teorías filosóficas, negocios públicos, asuntos privados y todo lo que es del dominio de la razón ó de la utilidad, ha sido entregado sin deliberación á la prosa.

Y en todos los idiomas el hombre, por el contrario, ha cantado generalmente en versos la naturaleza, el firmamento, los dioses, la piedad, el amor, que es otra piedad del alma y los sentidos: las fábulas, los prodigios, los héroes, los hechos, ó las aventuras imaginarias, las odas, los himnos y los poemas.—Es decir, todo lo que en mayor ó menor escala es superior al ejercicio puramente usual y racional del pensamiento.

La conversación familiar se ha hecho prosa; la conversación trascendental se ha encarnado en los versos.—La una discurre, la otra canta.

¿En qué consiste esa diferencia diversa en la expresión humana? ¿Quién ha enseñado ó impuesto á la humanidad esa necesidad de hablar en prosa unas cosas, y cantar en verso las otras?—Nadie, el dueño de todo, el institutor y el legislador de las formas, de la expresión humana, no es mas que el instinto, esa revolución sorda, pero imperiosa y fatal, por decirlo así, de la naturaleza en nuestro sér y en todos los seres.—Analicemos, pues.

##### IV.

El hombre sensitivo y pensador es un instrumento sonoro de sensaciones, sentimientos é ideas. Cada cuerda de él templada por el Creador, siente una vibración y da un sonido proporcionado á la emoción que la sensible naturaleza del hombre imprime á su corazón ó á su espíritu por la conmoción mas ó menos fuerte que recibe de las cosas exteriores ó interiores.

A escepción del estremo dolor que hace saltar las cuerdas del instrumento y que las arranca un grito inarticulado, que no es ni prosa, ni verso, ni canto, ni palabra, y sí una queja convulsiva del corazón que estalla; el hombre para exprimir su emoción, emplea un lenguaje simple, habitual y temperado como él.

Cuando la emoción, por el contrario, es estrema, exaltada é infinita; cuando la imaginación del hombre se tiende y vibra en él hasta el entusiasmo; cuando nos exalta la pasión real ó imaginaria; cuando las imágenes de lo hermoso en la naturaleza, ó en el pensamiento nos fascina; cuando el amor que es la prisión mas melodiosa que germina en nosotros, porque es la mas meditada, nos hace imaginar, pintar, invocar, adorar, sentir y llorar lo que amamos; cuando la piedad lo arranca de nuestros sentidos y nos hace entrever al través del confin de los cielos, la belleza suprema, el amor infinito, y el manantial y el fin de nuestra alma, que es Dios; y cuando la contemplación estática del Sér de los séres nos hace olvidar el mundo del tiempo, por el mundo de la eternidad; y cuando, en fin, en nuestras horas de placer nos desprendemos en alas de la imaginación, del mundo, de la realidad, para sumergirnos en el ideal, como un navío en cuyas velas juguetea el viento, y que se aleja insensiblemente en alta mar; cuando nos entregamos á la inefable y peligrosa voluptuosidad de los sueños antes de dormirnos, que son los arrulladores del hombre despierto; entonces las impresiones del instrumento son tan fuertes, tan profundas, tan piadosas y tan infinitas en sus vibraciones, tan pensativas y superiores á nuestras impresiones ordinarias, que el hombre busca naturalmente para exprimir las, un lenguaje mas penetrante, mas armonioso, mas sensible, mas imaginado, mas ladino y mas cantado que su lenguaje habitual, é inventa los versos que son los cantos del alma, como la música inventa la melodía, que es el canto de los oídos; como la pintura inventa el color, que es el de los ojos;

como la escultura inventa los contornos que es el de las formas, porque cada arte canta por medio de nuestros sentidos; cuando el entusiasmo, que no es mas que la emocion en su poder supremo, se apodera del artista. El arte de las artes, la poesia solamente es la que canta para todos los sentidos y para el alma a un mismo tiempo; para el alma sobre todo, que es el centro divino é inmortal de todos los sentidos.

Por lo tanto, esa impresion trascendente necesitaba una forma y un lenguaje particular para esprimerla.—Hé aquí, segun nosotros, todo el origen y la esplicacion del verso: que es la trascendencia de la expresion y la convercion de lo bello, no solo en el pensamiento, sino en el sentimiento y en la imaginacion.

## V.

¿Pero cómo concibe el hombre, nos dirán, lo que ha de hablarse ó lo que se ha de contar en las sensaciones ó en los sentimientos que se apoderan de su sér?

Responderémos aun con la misma palabra.—Misterio.

El hombre no tiene necesidad de discernir lo que siente.—Lo que es y lo que no es poético en la naturaleza física y moral, se reconoce por caracteres, que el hombre no puede definir con precision; pero que los siente al primer golpe de vista, ó en la primera impresion, si la naturaleza lo ha hecho poeta, ó simplemente poético.

Y en prueba de ello, tomemos por ejemplo á la naturaleza inanimada: el paisaje.

Una inmensa llanura cultivada, fértil, cubierta de espigas ó de praderas, que son los graneros del hombre, si no la surca un rio ni la decoran las colinas, ni se inclina hácia el mar, y sus horizontes monótonos se confunden con un cielo pálido y descolorido que lo rodea por doquier, ciertamente será un espectáculo agradable para el labrador, y consolador para el economista que calcula cuántos millares de hombres y de animales se alimentarán despues de la cosecha con el pan y la yerba estraida de aquellos surcos:—Pero atravesaríais durante meses y dias una llanura tan fecunda como la que acabo de presentaros, sin que fulgurase un átomo de poesia en vuestros ojos ó en vuestra alma, ante aquel granero terrestre?

¿En dónde está la poesia en esto? Vemos en ella la riqueza y la utilidad; pero lo hermoso, la impresion, el sentimiento y el entusiasmo, ¿dónde están? La única poesia que pudiera encontrarse en esa estensa llanura de la utilidad, es la cosa mas inútil de todas ellas: es decir, el vuelo instantáneo y penoso de la alondra que azotada por el viento, se elevase súbitamente sobre aquel Océano de espigas amarillentas, para cantar un himno de vida casi imperceptible en el cielo, descendiendo despues para acariciar y alegrar á sus hijos ocultos en el rastrojo; ó bien el grito estridente del grillo que se abrasa con el calor del sol en la tierra árida; ó el zumbido seco y metálico de las espigas rozándose unas con otras, á favor de la brisa juguetona, é interrumpiendo de tiempo en tiempo, con su oleaje que se asemeja al de la mar, el melancólico silencio de la llanura.

Luego ¿por qué es la llanura prosáica, y la alondra, el grillo y la brisa, infiltrándose entre las espigas, son poéticas? ¿Quién lo diría?

¿Es tal vez que la alondra presenta el contraste de alguna alegría en medio de aquella tristeza monótona, y un destello de amor maternal sobre un nido, que es una reminiscencia deliciosa del cariño de nuestra madre?

¿Es tal vez que el grillo nos recuerda el árido desierto de la Siria, ó que el grito de dicho insecto es el solo que anima en lontananza la estila silenciosa del rastrojo, sobre las tostadas arenas de la tierra?

¿Es tal vez que el roce y el oleaje de las granadas y amarillentas espigas, á favor de la brisa juguetona, nos trasporta por la analogia de su ruido, á las rizadas olas del Océano, ó al pié de un mastil en el que se estremecen los lienzos del velamen?

¿Y por qué esos tres fenómenos tan pequeños y esas imágenes son para nuestros ojos la sola poesia de aquella vasta llanura?—Porque esos tres fenómenos é imágenes tienen una emocion para nosotros, y que en aquella inmensa llanura solo vemos la riqueza.

No es lo útil lo que constituye la poesia, es lo hermoso.—La espiga representa la utilidad, mientras que la alondra y el grillo cantan, la brisa llora, el corazon simpatiza, la memoria lo recuerda; surge la imagen y nace la emocion, y con ella brota la poesia en el alma.—Podréis cantar, por lo tanto, ó la alondra, el grillo, la brisa y el rastrojo; pero os desafío á que canteis la vega de trigo, el haz de yerba y los sacos de grano, porque eso se cuenta y no se canta.—El instrumento humano carece de eco para los números.

## VII.

Pero acercaos á los Alpes; las nieves violetas de sus cimas de encajes se destacan por la noche sobre un firmamento tan profundo como el mar; las estrellas fulguran á la hora del crepúsculo, como un velo emergente sobre el Océano del espacio infinito; las sombras se deslizan de declive en declive sobre los flancos de las rocas, oscurecidas por los abetos que brotan entre ellas; cabañas aisladas y suspendidas en los promontorios como otros tantos nidos de águilas, en las que arde por las noches el hogar de la familia, elevándose el humo trasparente hácia el éter, formando ligeros espirales; el lago límpido y sereno medio sumergido en las sombras, refleja en la otra mitad de su espejo las nieves derrumbadas y el sol poniente; algunas velas se deslizan por su superficie, y las barquillas cargadas de ramas verdes cortadas de los castaños, cuyas hojas se humedecen por última vez en las ondas, y tan solo se escucha el ruido cadencioso de los remos que llevan al pescador hasta el pequeño cabo, en donde lo esperan su mujer y sus hijos en la puerta de su choza.—Sus redes se secan en la playa; el sonido melodioso de una flauta y el balido de las ovejas que pastan en la llanura, interrumpen por momentos el silencio del valle; el crepúsculo se apaga; la barca choca en la playa; los fuegos brillan acá y allá al través de los vidrios de las alquerías; déjase de oír el clamoreo alternativo de las ondas adormidas del lago, y de tiempo en tiempo el ruido sordo de una avalancha de nieve, cuya blanca humareda resalta sobre los abetos; millones de estrellas ya visibles, flotan como flores acuáticas de ninfas azules sobre el agua; el firmamento parece que entreabre sus ojos para admirar aquella dársena de las montañas; y el alma deja la tierra y se eleva hasta el infinito. y se atreve á aproximarse al Creador, casi visible en aquella transparencia del firmamento nocturno; piensa en los que ha conocido, amado ó perdido en este mundo, y espera en la confianza del amor, unirse á ellos en el valle de la eternidad; se conmueve, se entristece, se consuela y se regocija; cree porque ve; y ruega, y adora, y se evapora como el humo azulado de los castillejos, como el polvo de la cascada, como el roce de la arena bajo las olas, y como el fulgor de las estrellas del firmamento, participando de la belleza del espectáculo.

¿Hé aquí la poesia del paisaje! Os desafío á que empleeis un lenguaje vulgar frente á esas maravillas.—Cantad entonces por que estais tan conmovidos como pueden estarlo las fibras del instrumento sin romper las cuerdas.—¿La poesia ha nacido en nosotros; os inunda, os sumerge y os ahoga; brotan el himno ó el éstasis en vuestros labios, y el silencio ó los versos son los que están á la altura de vuestras emociones!

¿Hé aquí una de las poesias terrestres! No concluiríamos nunca si tuviéramos que enumerar ó recorrer las escenas diarias y nocturnas de nuestra residencia humana.—Todo lo que tiene su emocion, tiene su poesia; y todo lo que la tiene, necesita ser esprimido en un idioma superior al lenguaje usual, que empleamos para esprimir las cosas ordinarias.

## VIII.

¿Pero y el mar? El mar, sea que boguemos sobre sus olas ó que contemplemos su superficie desde lo alto de los precipicios, tiene mil veces mas poesia que la tierra y las montañas.—¿Por qué? nos preguntan á menudo.—Vamos á contestar en dos palabras: porque tiene mas emocion para nuestros ojos, nuestro pensamiento y nuestra alma.—Un libro entero no bastaria á enumerarlas y á definir las todas.—Digamos las principales.

Primeramente el mar es el elemento movable; su intranquilidad parece darle con el movimiento la vida, la pasion, la cólera y el apaciguamiento de un alma, tan pronto en calma como agitada.—Dicho movimiento é inestabilidad producen en nosotros una impresion instantánea de placer ó de terror.—¿Esa es la emocion!

Además, el mar es trasparente; se asemeja al firmamento ó á el éter, que representan la luz del astro del dia ó la de las estrellas de la noche, y se trasfigura interminablemente como el camaleon por sus cambiantes colores, rodando entre sus olas tan pronto la luz como las tinieblas.—¿Esa es la emocion!

Es inmenso, é imprime por su estension sin límites una idea de grandeza desmesurada, que nos hace pensar en lo infinito.—¿Emocion!

Cuando sus olas lamen silenciosamente la húmeda arena de la playa, nos recuerdan la dulce respiracion de un niño dormido en el regazo de su madre.—¿Emocion!

Cuando espumea al amanecer de un dia de verano á favor de la brisa, y que la gabiota, derribada como un pájaro herido, humedece una de sus alas en el polvo de dicha espuma; el mar recuerda los hervideros armoniosos de la onda que principia á estremecerse, al fuego.—¿Emocion!

Cuando se acumula en húmedas montañas impulsada por el viento del otoño, y se estrella en sus golpes retumbantes en el suelo hueco de los cabos avanzados, recuerda los ruidos del trueno en las nubes y los terremotos de la tierra que destruyen las ciudades.—¿Emocion tambien!

Si un bajel próximo á naufragar aparece y desaparece á su vez en las cimas ó en las profundidades de sus olas, se piensa en el peligro en que estan los hombres que lo tripulan y se ven anticipadamente los cadáveres que rodarán hasta la playa al siguiente dia, y que las madres y las esposas de los naufragos vendrán á desenterrar de entre las algas, temblando de reconocer en ellos un padre, un esposo ó un hijo.—¿Emocion tambien!

Si una vela se desvia del puerto en un dia sereno, se piensa en las costas lejanas y desconocidas á donde aquel bagel arribará, despues de haber cruzado durante muchos dias ese desierto de las olas, y los países extranjeros se presentan á la imaginacion con los misterios del clima, la naturaleza, la vegetacion y los hombres salvajes ó civilizados que los habitan; y se forja uno en su mente otras tierras, otros soles, otros hombres y otros destinos.—¿Emocion!

Si una flota que se espera deja ver al ponerse el sol los cuerpos sucesivos de sus velas que surgen uno á uno como un rebaño de ovejas ó de carneros que suben por una colina elevada sobre el nivel del horizonte, se piensa entonces en los cañones que han rujido en sus andanadas, en los navios que han sepultado las balas enemigas, en los muertos y los heridos que ha sembrado en sus puentes la metralla; y todas las imágenes de la guerra, de la muerte por la patria, de la gloria y del duelo, asaltan el pensamiento.—¿Emocion!

Si el mar está poblado de barcas de pescadores, como si fuera un pueblecillo flotante, se piensa en la alegría de las chozas, que esperar por la noche el fruto del trabajo del dia, y se ve cuál se encienden una á una las luces de los faros, que son las estrellas terrestres de los marinos.—¿Emocion!

Si, por el contrario, el mar está vacío, se piensa en el espacio que no circunscribe ningun com-

pas, dominio inconmensurable del viento que esalta sus olas, como una cosecha de vida ó de muerte. — ¡Emocion!

Si la mirada trata de sondear el lecho murmurador de sus olas, se piensa en la profundidad de los abismos que ocultan, y los monstruos que saltan ó se arrastran nadando entre los misterios de aquel mundo de aguas. — ¡Emocion!

En fin, si se mesura en el pensamiento la incalculable ondulacion de esas olas que se suceden unas á otras, y que azotan desde el principio el mundo en su flujo y su reflujo, los precipicios cuyos granos pulverizados se han transformado en una arena impalpable, por el continuo roce de las aguas; se pierde uno en la suputacion de los siglos y se tiene algun sentimiento de la eternidad. — ¡Emocion tambien!

(Se continuará).

## SECCION CIENTÍFICA.

### LECTURAS CIENTIFICO-INDUSTRIALES.

Importancia de los estudios biográficos en la historia de las ciencias. — Importancia de dichos estudios para popularizar los conocimientos científicos. — Noticia biográfica de Alejandro Humboldt.

La historia de las ciencias y de sus adelantos, puede popularizarse de una manera grata y completa por el estudio biográfico de los sabios eminentes, que han trabajado sin descanso para vulgarizar ideas abstractas, grandiosas concepciones y maravillosos hechos. La autoridad que los varones insignes en la esfera científica prestan á los hechos que á la misma se refieren, toma origen en gran parte y con sobrada justicia, de la importancia de los sabios que las descubren; y por lo mismo, el estudio biográfico de las eminencias científicas, á quienes somos deudores de revelaciones luminosas y de útiles é importantísimos descubrimientos, es adecuado elemento para despertar el afecto hácia el estudio, porque al conocer su vida pública y privada, sus dias de continuadas faenas, sus esfuerzos para descubrir y estender verdades ocultas hasta que su genio les dió vida para bien de la humanidad y honra propia, los hechos biográficos que leemos, los contratiempos que nos relatan, los triunfos que nos describen, nos interesan doblemente, puesto que á la simpatía hácia el sabio, se une el afecto para con la ciencia, y los hechos descubiertos, los progresos realizados, las verdades formuladas, se identifican con un nombre, con un individuo, cuya vida puede servirnos de saludable ejemplo y de fructífera leccion.

Las consideraciones que acabamos de esponer, nos mueven á acudir á los estudios biográficos como medio para popularizar las ciencias y sus aplicaciones, y por lo mismo en las *Lecturas* que escribimos, condensaremos las noticias biográficas de los sabios que en mayor escala han concurrido á los progresos de nuestro siglo. Hoy inauguramos aquellas, traduciéndolas de la revista italiana, denominada *Giornale delle Arti e delle Industrie*, la que se refiere al conocido y respetado sabio Alejandro de Humboldt.

En 1760, en Tegel, á dos leguas de Berlin, nació Alejandro de Humboldt. Era su padre uno de los gentilhombres que ofrecieron por completo su fortuna á Federico el Grande, para el sosten de la guerra de los siete años. Su madre pertenecía á una de las familias francesas emigradas á Alemania, á consecuencia del Edicto de Nantes, y que conservaron religiosamente, aunque en tierra extranjera, su idioma natal.

El jóven Humboldt, despues de terminar su educacion clásica en compañía de su hermano mayor Guillermo, célebre filólogo, bajo la direccion de Forster, compañero y naturalista de las expediciones de Cook, estudió la teoria y la práctica de la mineria, efectuando progresos tan rápidos en la fisica, en la quimica, en la mineralogia, tecnologia y astronomía, que al contar veintitres años, se le encargó de la direccion de las

minas situadas en la montañas de Fichtelgebirge. Pero ya á esta sazón, dominado por el irresistible deseo de viajar, visitó rápidamente la Holanda, Francia é Inglaterra, publicando en dos volúmenes las descripciones de sus escursiones por el Rhin. Al regresar á Gottingue, se dedicó al estudio práctico de la anatomía, á los analisis químicos mas delicados y laboriosos, dando á la estampa sus investigaciones sobre la germinacion, sobre la respiracion de las plantas, sobre la composicion del aire, y respecto á la irritabilidad de las fibras nerviosas, producida por el galvanismo. Para recabar de sus investigaciones, en su misma persona practicaba las esperiencias mas dolorosas, y por el empleo de vejigatorios, se levantaba sucesivamente la piel, para poner en contacto inmediato con el agente que debia irritarlas las partes mas sensibles del organismo.

Gracias á los estudios que hemos indicado, se preparaba Humboldt para desempeñar dignamente la mision que habia de imponerse en dias no lejanos, de dar á conocer el mundo fisico. Sus miradas se dirigian sin cesar hácia la antigua cuna del género humano, ó sea el Asia meridional; acariciaba la idea de verse agregado á la expedicion de Bonaparte al Egipto y llegar hasta la India, pasando por la tierra de los Faraones: desgraciadamente, á sus repetidas instancias, contestó el gobierno francés con una negativa absoluta. Estos obstáculos solo sirvieron para aumentar el ardor y la impaciencia que sentia por emprender sus proyectados viajes. Al ver que se le cerraban el Mediterráneo, el Asia y el Africa, resolvió cruzar el Océano para llegar á América, lo cual efectuó al momento. Durante los cinco años, desde 1799 á 1804, que permaneció en dicho país, exploró los gigantes picos y los terribles volcanes de las cordilleras, las llanuras que se estendian á sus piés, y los rios que llevan sus aguas por profundas cañadas, visitando las islas principales del golfo de Méjico, y al volver á Europa traia consigo inmensos é inestimables materiales para sus futuros trabajos.

Para descansar de su viaje y dar á conocer el resultado de sus sabias investigaciones, fué á Paris, su segunda patria, en donde le acogieron, como á un hermano, Laplace, Berthollet, Jussieu, Cuvier, Arago, Brougniart, Gay-Lussac, Thenard y Biot, mostrándose digno de alternar con esta brillante pléyada de altas y reconocidas celebridades. Sin dejar de concurrir al gabinete de Cuvier y al laboratorio de Gay-Lussac, publicó numerosos é importantes escritos sobre cuestiones variadas, tales como, respecto á la anatomía de la laringe de los pájaros, de la lengua y del corazon del cocodrilo; sobre el análisis químico de los gases contenidos en la vejiga natatoria de los peces; investigaciones relativas á la respiracion acuática; observaciones de cianometria efectuadas á 6,000 metros sobre el nivel del mar, en las cúspides del Pichincho y del Chimborazo; descripciones de plantas y animales antes de sus trabajos completamente desconocidos, y finalmente dió á luz su *Ensayo político sobre Nueva-España* y sus *Cuadros de la Naturaleza*, páginas elocuentes en las cuales, con un estilo que recuerda el de Buffon, pone al alcance de todas las inteligencias los grandes problemas de la ciencia, explicando la magnificencia de la creacion tropical.

En medio de esta vida consagrada á las concepciones sublimes de las ciencias, Humboldt no ponía en olvido los primeros proyectos de su juventud. Para realizarlos marchó á Inglaterra en compañía de M. Valenciennes, con objeto de llevar á cabo su viaje á las Indias; pero á pesar de la acogida con que le distinguió su soberano, Federico Guillermo, y de la magnificencia verdaderamente régia con que se encargó de todos los gastos que originase la expedicion, no le fué posible á Humboldt realizar su proyecto, porque la politica envidiosa y estrecha de Inglaterra se opuso á que explorase una parte del globo, sujeta á su dominacion. Tal resultado no podia sorprender á quien por esperiencia conocia ya el egoismo mezquino del gobierno inglés: durante su permanencia en América, habia enviado Humboldt

su coleccion geognóstica á la Guadalupe, compuesta de minerales y rocas que habia recogido en las cúspides de los Andes. Los Ingleses se apoderaron de ella, la trasportaron á Londres en donde una parte adorna las galerias del Museo Británico, permaneciendo el resto en los sótanos del mismo establecimiento. En vano reclamó vivamente y repetidamente la devolucion de esas riquezas geológicas su legitimo propietario: todo fué inútil, siendo imposible recobrar tesoros científicos adquiridos á fuerza de numerosos peligros, é inauditas fatigas.

Llamado á Berlin Humboldt por negocios urgentes, se vió rodeado por el afecto y el aprecio de sus conciudadanos; fué objeto de favores y lisonjeras distinciones por parte de Federico Guillermo, que siempre le habia tratado como á un amigo. En esta sazón el ilustre viajero, en un curso publico mas completo que el que habia profesado en París, presentó un cuadro de los conocimientos de la fisica general del globo, y sus lecciones alcanzaron un éxito tal, que las clases mas distinguidas de la sociedad se agrupaban alrededor del sabio eminente, que al describir los fenómenos mas maravillosos de la naturaleza en ambos hemisferios, podia repetir á cada momento: yo los he visto; mis ojos los han admirado.

En 1829, pensó por fin pisar el Asia, ensueño constante de su vida: para dirigirse por Inglaterra encontró los mismos obstáculos de siempre y se decidió á que fuesen teatro de sus viajes la Siberia y el Asia central. Merced á la proteccion de Federico Guillermo, el gobierno ruso acogió favorablemente su proyecto, el cual, al contribuir á los gastos de esta expedicion, le nombró director de la misma. Por fin le fué dado á Humboldt establecer comparaciones entre el Asia y la América, entre las estepas del Obi y las pampas del Brasil, las elevadas planicies del Altai y los llanos de las Cordilleras, y al volver á Europa, publicó sucesivamente sus *Fragments asiáticos* y su *Asia central*, en cuyas obras, dando á conocer un gran número de hechos concernientes á la geología y climatologia de la parte del mundo la cual se refieren, proyectó nueva luz sobre las cuestiones mas importantes de la fisica general.

A partir de la época á la cual nos contraemos, renunció, al parecer, Humboldt á efectuar nuevas expediciones. Dedicó su actividad á su patria y sus sabios consejos favorecieron la realizacion de las obras científicas de mayor importancia. La Prusia le debe el verse dotada de magníficos establecimientos; merced á su talento y actividad, posee Berlin el *Thiergarten* y el *Pfauins*, por él se crearon grandes jardines botánicos, Charlottenbourg le vió construir el observatorio magnético, verdadero modelo en su clase, en el cual sustituye el cobre al hierro y al acero en todos sus detalles, para impedir el menor error en las observaciones.

A fines del año de 1806, se ocupó Humboldt de una manera especial del magnetismo terrestre y por las observaciones seguidas de un gran número de dias y de noches, substituidas á las observaciones aisladas é interrumpidas, pudo comprender y descubrir distintamente los fenómenos de las perturbaciones particulares en las agujas imantadas. Despues, con los estudios de Arago y los bellos descubrimientos de Oerstedt, no cupo duda alguna respecto á la existencia de las verdaderas perturbaciones magnéticas.

En 1829, durante su viaje por el Asia Septentrional, Humboldt señaló los puntos mas convenientes para el establecimiento de estaciones magnéticas, y el gobierno ruso se apresuró á aceptar sus sabias indicaciones; despues la Francia, Suecia, Italia y Alemania, dando acogida á los deseos del ilustre viajero, constituyeron una asociacion magnética, cuyo centro fué Gottingue. En la misma época la Inglaterra, que hasta 1836 se habia mostrado indiferente á este movimiento científico, dió merecido asentimiento á los consejos del sabio prusiano, y encargó al capitán Ross que efectuase observaciones en el misferio austral, erigiéndose observatorios en Canadá, en Santa Elena, en el Cabo, en la Francia, en Ceilan y en Australia, y todo el globo se encontró, digámoslo así, cubierto y

ado por una inmensa red de estaciones magnéticas, gracias á la autorizada iniciativa de Humboldt.

En la actualidad, el patriarca de la ciencia presenta la avanzada edad de 99 años, siendo verdaderamente admirable que conserve la misma actividad intelectual de su juventud, sintiendo el mismo deseo de instruirse. En busca siempre de la verdad científica, la acepta cualquiera que el que se la demuestre y evidencie. Al contrario de los falsos apóstoles de las ciencias, que establecen una barrera entre ellos y las inteligencias comunes, para darse cierta importancia, Humboldt es asequible para cuantos anhelen comunicarle el menor hecho, nuevo é importante que surja en la esfera científica. Su última obra, *Cosmos*, es la descripción física del mundo, resumen de su inmensa doctrina. Si en cada una de las ciencias de que se ocupa, en la química, en la botánica, en la geología y en la zoología, es inferior á Lavoisier, á Jessieu, á de Buhc Cuvier, considerado como viajero y como físico del globo, nadie puede disputarle la honrada supremacía que le corresponde, al compararlo con los reyes de la inteligencia.

JOSÉ CANALEJAS Y CASAS.

## JARDINERO DE LOS SALONES

Ó ARTE DE CULTIVAR

LAS FLORES EN LAS HABITACIONES, EN LAS VENTANAS Y EN LOS BALCONES

POR ISABEAU

VERTIDA DEL FRANCÉS AL CASTELLANO POR

D. JOSE BRUN Y PAGES.

AL LECTOR:

Quién hay en el día que no tenga afición á las flores y que no anhele poder dedicarse un día á la jardinería? De fijo, lector, no somos tú, y tal vez ninguno de nuestros conocidos. Aunque la pasión por las flores es de todas las pasiones la que nos procura mayor suma de placeres satisfactorios é inofensivos, es pasión apreciada para muchos, porque no la pueden sustraer. Al uno el peso de sus negocios, carga que molesta que no le es permitido deponer sobre sus hombros, le prohíbe de un modo absoluto permanecer en el campo; á la otra la necesidad de dirigir y atender á la educación de su joven familia, la retiene y sujeta en la ciudad: aquellos, por los cuales figuran tus amigos que participan de tu gusto por las flores, se ven obligados á hacer una vida sedentaria, porque les falta el número de los bienes, la salud. En otro tiempo, muy remoto, habia en el interior de París algo que se parecía á esos jardines que, segun la tradición de Talma, se quejan de sus reducidos límites: en el día la abertura de una calle, de un paseo, acaban de hacerlos desaparecer, ó bien el terreno de estos parterres en miniatura ha adquirido tal valor, que ha sido vendido á tanto por centímetro cuadrado, cubriéndolo literalmente con oro, y destinándolo á edificios. Todo eso no es exacto por lo que respecta á París, sino á Burdeos, Lyon, Marsella y todas las poblaciones de alguna importancia en via de acrecentamiento, no tendrán en breve ni un jardín, grande ó pequeño, en su recinto; la flor vencida cede el puesto al morrillo.

Quizá no es siempre indispensable disponer de un jardín, pequeño ó grande, para tener y disfrutar del apacible goce que ellas proporcionan con los cuidados que se les dedican en la observación de las diversas fases de su desarrollo. Acabas, por ejemplo, de pasar una grave enfermedad, y una larga convalecencia, que no es posible abreviar, te impide salir del aposento: cuando tuvieras á tu disposición un jardín, podrías admirar las flores sino de lejos, á través de los cristales de la ventana. En este caso cuando se conoce todo el valor de un jardín

de salón, en el que se puede, á poco coste, renovar cada quince días todo su adorno, sin admitir en él otras flores que aquellas que por su olor débil ó nulo no pueden causar molestia.

Supongamos que tu forzada reclusión ha comenzado en el mes de mayo cuando los jardines nos ofrecen mas atractivos: tu posición no te permite ni siquiera el poco dispendioso lujo de un jardín de sala; yo te daré un medio para hacer un jardín sin tierra, sin agua, sin macetas, sin desembolsar mas que algunos céntimos. Al efecto, te procuras en casa de un herbolario una rama, ó tallo fresco de una planta crasa llamada *Rhodiola rosea*, y por los jardineros franceses conocida con el nombre de *Yerba de San Juan*. Todo lo mas que podrá costarte será un décimo (unos tres cuartos). En los primeros días de junio, los sencillos tallos de la *Rhodiola* se cubren en toda su longitud de hojas carnosas, y terminan en un ramo de botones poco desarrollados dispuestos en corimbo. Clavas entonces, en una de las paredes de tu aposento y en línea horizontal, dos escarpas ó alcayatas, distantes entre si unos cincuenta centímetros (pie y medio). En este apoyo colocas el tallo de la *Rhodiola*, sin que lo sujete ninguna ligadura, con lo cual tienes hecho cuanto exige un curioso ensayo de jardinería de sala, que no puede menos de fijar tu atención y distraerte. Como la naturaleza ha dotado á la *Rhodiola* de la facultad de vivir á espensas solo del aire, que descompone por medio de sus hojas, la verás alargarse y crecer, no por días ni por horas, sino por momentos; la verás levantar su tallo por el extremo de los botones de flor, perder las hojas del extremo opuesto, que se van secando y cayendo sucesivamente, mientras que las del superior no solo conservan toda su frescura, sino que aumenta su número; la verás, en fin, florecer, y dar un ramo de flores color de rosa, tan bien desarrolladas y tan cabales, como si la planta hubiese vegetado en una buena tierra regada á menudo.

Después de la florescencia cortas las flores marchitas de un extremo, la punta del otro extremo, y plantas el tallo en una maceta llena de tierra ordinaria de jardín, que evitarás regar muy á menudo. El tallo de la *Rhodiola*, en estas condiciones, echará raíz, y antes del otoño, formará un espeso manojito de renuevos que todos florecerán al año siguiente, y te darán con qué repetir latamente el experimento que te he indicado.

Tal vez desees saber por qué la *Rhodiola rosea* se la conoce vulgarmente en Francia con el nombre de *Yerba de San Juan*; con mucho gusto voy á satisfacer tu curiosidad. En varios de nuestros departamentos del centro, la *Rhodiola* es muy comun en los linderos de los bosques; allí apenas hay cabaña en que no se repita todos los años el ensayo de hacerla florecer sin tierra y sin agua. Si la *Rhodiola* abre sus flores antes de la fiesta de San Juan Bautista (24 de junio), se augura favorablemente del resultado de un proyecto, ó del cumplimiento de un deseo; en el caso contrario, el presagio se considera adverso. Apresurémonos á añadir que lo que en la edad media fué una superstición, no es en el día mas que un objeto de sencilla diversion para las jóvenes, á quienes no inspira mas confianza la *Yerba de San Juan*, que la de la blanca Margarita.

Si llegase el caso de que tuvieras deseos de dedicarte á la jardinería de salón, y tu posición no te permitiera distraer la mínima cantidad que exige la compra de una rama de la *Rhodiola* (cosa que á cualquiera le puede acontecer), no gastarás absolutamente nada y podrás satisfacer tu gusto. Suplica á cualquiera de tus amigos te traiga una rama de *Sedo de flor amarilla* ó *Siempre viva picante*, que la hay abundante en los alrededores de París, encima y en las grietas de las paredes viejas: hasta la hay en París mismo, especialmente entre las piedras de los glasis que afianzan los dos estribos del puente de Austerlitz. Es una bonita planta silvestre que ostenta, en vez de hojas, unas pequeñas escrescencias verdes, elegantemente encajadas unas en otras. Cada tallo, que forma parte de un grupo compuesto de un gran número de ramos, parte de un centro comun, y termina con algunas flores en forma de

estrella de un hermoso amarillo de oro. Fijas un alfiler en la pared, y por medio de un hilo, cuelgas de él una planta de *Sedo* amarillo procurando no apretar demasiado el nudo que la sujete. Al cabo de pocos días, los tallos se doblarán para enderezarse, y todas las yemas de flor se abrirán tan perfectamente como si la planta no hubiese sido arrancada del sitio en que nació.

Ya lo ves: hay flores para todo el mundo, sin escepcion, cosa que te demostraré lata y claramente si tienes á bien hojear con benévola atención el JARDINERO DE LOS SALONES.

### PRIMERA PARTE.

#### EL JARDIN EN LA HABITACION.

### CAPÍTULO PRIMERO.

#### NOCIONES GENERALES.

Division de la obra. — *Primera parte*: el jardín en la habitación. — *Segunda parte*: el jardín en la ventana. — Riegos. — Temperatura del agua para el riego. — Efectos del agua fria sobre las plantas cultivadas en la habitación. — Modo de darlas calor. — Ventajas de la igualdad de calor de noche y de día. — Luz. — Ventilación. — Limpieza de los vegetales de hojas anchas. — De los de hojas estrechas.

#### Division de la obra.

No siempre es fácil cultivar bien plantas de adorno en un aposento habitado; pero lejos de quejarnos por esta dificultad, debemos, al contrario, felicitarnos por ella, pues el placer es tanto mayor, cuanto mas difícil la cosa que conseguimos. Para lograr un buen éxito en la horticultura de salón, no se necesita mas que cuidado y paciencia: de esta se necesita mucha, lo cual es una ventaja, en razon de que este género de jardinería es esclusivo de los que están ociosos. La estension que puede darse á la horticultura de salón, las especies y variedades de plantas de que puede ser objeto, las épocas del año en que puede uno ocuparse en ello con mas placer y mejores resultados, todo esto es distinto, segun la capacidad y las condiciones locales de la sala: examinaremos todas las condiciones, tales cuales se presentan en el curso natural de la vida ordinaria. A fin de ordenar un poco nuestras instrucciones, examinaremos por separado el jardín en el aposento y el jardín en la ventana, cuyas dos divisiones son las naturales de este tratado.

En la primera parte, consagraremos capítulos separados al jardín sobre la chimenea, en gradería, en jardinería y en invernáculo portátil. Los diversos medios de multiplicación, siembras, estacas, injertos, serán el objeto de otros tantos capítulos diferentes; son á la vez las operaciones mas delicadas y las mas entretenidas de la horticultura de salón. Terminaremos esta parte con nociones detalladas sobre el *acuario* de sala: ¿y qué es un acuario? me dirás. Es una cosa encantadora, graciosa, atractiva, un manantial de observaciones, tan curiosas como interesantes; ya lo verás.

En la segunda parte, consideraremos la jardinería bajo todos los aspectos que puede ofrecer en el balcón, en la ventana doble convertida en diminuto invernáculo templado, y en la azotea transformada, aunque no sea muy grande, en un verdadero jardín, donde se pueden tener flores todo el año, en menor número, es verdad, pero tan bellas, tan variadas como en el parterre mejor cuidado.

#### Riego.

No le faltaria estension á este capítulo si le pudiéramos tratar latamente, pues para cultivar con algun éxito los vegetales de adorno en una habitación, es preciso tener en cuenta sus necesidades y sus enemigos, para atender á las primeras y libertarlas de los segundos. Estas plantas, encerradas en un local habitado, necesitan tierra apropiada á su temperamento, cosa de facil adquisicion. Exigen que se las riegue, unas de tarde en tarde y con parsimonia, otras con frecuencia y en abundancia; pero siempre con

agua á la misma temperatura que la tierra en la que viven sus raíces. Es este un punto muy importante, completamente ignorado de la mayor parte de los que tienen en sus aposentos flores en jarros ó en macetas. Eres friolero y tienes razón, no hay nada tan grato y saludable como una buena temperatura dentro del aposento mientras que hace frío por de fuera. Es tu planta favorita una hermosa *Camelia*, que te promete para enero una espléndida florescencia, á juzgar por la profusion de yemas florales de que está cargada: te han recomendado, y no has faltado á ello, que la regaras tarde y mañana. ¿Pero cómo la has regado? Has ido á la alacena del comedor en busca de la botella, que por casualidad estaba vacía, la has mandado llenar de agua de la fuente, cuya temperatura es casi glacial, la has vertido sobre las raíces de tu *Camelia*, á la cual has producido el efecto que te causaría á tí, si cuando teniendo tus piés sobre un buen braserillo, te echasen en ellos agua fría, lo que no podría menos de hacerte gritar; tu *Camelia* no dice nada, mas no por esto sufre menos: se entorpece el curso de su sávia en plena actividad, se detiene, y como primer resultado de esta modificación en su existencia, deja desprenderse una tras otra todas sus yemas florales, de las que ni una sola llega á abrirse. Te admiras al verlo, y dices: no es culpa mía este resultado. En el *Pirata*, de Walter Scott, el jardinero de las islas Shetland se admira de que se hayan helado sus manzanos, y dice como tú: «Este resultado no es por culpa mía; todo el invierno los he regado con agua caliente.» Es el mismo error en sentido contrario. Recuerda que, para regar un vegetal cualquiera en una maceta dentro de la habitación, es necesario, como primera condicion, que el agua con que lo hagas esté á la misma temperatura que la tierra en que vegetan las raíces de la planta. Si por casualidad vas á ver algun invernáculo, y fijas la atención en el modo como está organizado, observarás que tiene un depósito lleno constantemente de agua destinada para el riego: esta agua, solo con permanecer en el invernáculo, adquiere ya la temperatura del mismo antes de emplearla, lo cual es un ejemplo que debes imitar, para lo que te bastará entrar por la noche, en el aposento, un recipiente que contenga la cantidad de agua necesaria para regar al día siguiente tus plantas: esta agua y la tierra de las macetas tendrán la misma temperatura.

#### Calefaccion.

En cuanto al calor, no es lo que mas importa por lo que respecta á la salud de los vegetales, la mayor parte de los que puedes tener en la peor estacion del año, tendrá siempre bastante calor en tu aposento, con tal que no hiele en él: lo mas esencial es que no esperimenten bruscas alternativas de calor y de frío, y que la diferencia de temperatura del día y de la noche sea la menor posible. Sobre este punto, tu propio interés facilitará su cumplimiento.

#### Luz.

Otro de los elementos que necesitan los vegetales tanto como el calor, es la luz. No temas á la incomodidad que esto pueda causarte, ni á trastornar la simetría del mueblaje, para que las plantas de tu jardinera reciban la mayor cantidad de luz posible; es preciso que reciban la luz directa, como aconsejan y practican los jardineros de profesion para los vegetales de invernáculo. Si llegas á viajar por Bélgica, Holanda y norte de Alemania, países en los que la jardinería de salon está muy en boga, observarás que todos los que tienen flores en su habitación (y en todas las casas tienen), las sacan al exterior en estantes pintados de verde, lo que da á las calles el aspecto de una esposicion floral. Calle hay en Bruselas en la que, sin mas que pasearte y mirar á las ventanas de derecha é izquierda, podrias seguir todo un curso de jardinería y de botánica. Este es tambien un buen ejemplo digno de imitacion, sea cual fuere el género de plantas de adorno que te propongas cultivar sin salir de tu cuarto.

#### Ventilacion.

Después del agua, del calor y de la luz, necesitan tus plantas un aire continuamente renovado. ¿Calienta tu habitación una buena chimenea, en la que arda bien el combustible, que absorba bien y no dé humo? pues tienes mucho adelantado, en razon de que la aspiracion de la chimenea renueva suficientemente el aire del aposento, lo cual redundará en ventaja para tu salud y en bien para tus plantas. No las coloques nunca en habitación cuya chimenea dé humo, ó en local calentado por brasero, calorífero ó estufa, pues tendrían poco aire y se verían acometidas de un malestar que podrás comprender muy bien si lo comparas al dolor de cabeza que esperimentas cuando permaneces un rato en una habitación de la que se procura alejar el frío por estos medios de calefaccion. Sin embargo, me dirás; en los invernáculos se da calor á las plantas por medio de caloríferos ó estufas diferentemente combinadas, y no les va mal; convenidos; pero es preciso tengas en cuenta que á lo largo de los tubos de calor existen ó se adaptan otros tubos de ventilacion, que facilitan de un modo continuo el acceso en el invernáculo de aire exterior, el cual es calentado por su contacto con los tubos de calor antes de mezclarse con la atmósfera interior, renovada por este medio sin interrupcion; artificio que no tiene parecido en un aposento calentado por medio de un brasero ó calorífero.

#### Limpieza.

Hablando con propiedad, las plantas dentro de la habitación no tienen mas que un enemigo: el polvo, cuya produccion no es posible impedir allí donde se vive. Los vegetales que, como las *Camelias*, las *Katmias* y los *Rhododendron*, tienen sus hojas bastante anchas y resistentes, deben limpiarse, á lo menos dos veces cada semana, hoja por hoja, con una esponja suave ligeramente humedecida: en aquellos cuyas hojas menudas ó muy divididas no se prestan á este medio de limpieza como las *Ericas* ó *Brezos* y los *Epacris*, por ejemplo, hé aquí lo que deberás practicar: se llena de agua, á una temperatura adecuada para el riego, una regadera de agujeritos muy pequeños; tómate una tras otra cada maceta cuya planta se ha de limpiar, se la inclina encima de un barreño, y luego, con la regadera, se hace caer sobre la planta, volviéndola en todos sentidos, una lluvia muy fina, que hace en ella el mismo efecto que la verdadera. Por este medio se evita el mojar con exceso la tierra de las macetas, y los vegetales se ven perfectamente desembarazados del polvo.

Estos cuidados generales son aplicables á todas las plantas que es posible cultivar en las habitaciones.

## CAPITULO II.

### EL JARDIN SOBRE LA CHIMENEA.

Vegetales que pueden formar parte de él. — Eleccion de cebolletas de flor. — Jacintos que florecen debajo del agua. — Disposicion de los recipientes ó vasos para este ensayo. — Plantacion de las cebolletas. — Jacintos forzados en el agua. — Junquillos. — Azafranes. — Tulipanes *Duc-de-Tholl*. — Macetas para el jardin sobre la chimenea. — Cuidados que exigen las cebolletas después que han florecido. — Espurgo de las cebolletas del azafran. — Túsilago vainilla. — Hepáticas.

No puedes figurarte cuántas indicaciones útiles y agradables tengo que hacerte en este capítulo: su título no es un engaño; puedes en realidad arreglarte un jardin de los mas variados, sin necesidad de otro sitio que la cornisa de la chimenea. Partiendo del supuesto que si vives en París ó en alguna poblacion de clima igual al suyo, ya en el otoño, desde muy temprano, mandarás encender fuego en la chimenea, el que no cesará hasta que la primavera haya tomado completa posesion de la atmósfera, sea cual fuere la fecha que señale el almanaque: partiendo de este supuesto, vas á ver cuántos recursos puede ofrecerte un jardin sobre la chimenea.

#### Eleccion de cebolletas de flor.

A últimos de setiembre, las tardes son frescas, y al anocheecer es indispensable un poco de fue-

go (1): es la época en que debes procurarte buenas cebolletas de jacintos, de azafranes, de tulipanes *Duc-de-Tholl* y de junquillos. Es preciso escoger entre sus cebolletas, no las de mayor volumen, que de mucho no son siempre las mejores, sino las de un mediano volumen entre de su especie, duras, lisas, sin manchas, contusiones ni puntos reblandecidos. Tambien debes desecharse las que dan señales de una vejecion anticipada.

#### Jacinto que florece debajo del agua.

Fijada la eleccion en los mas vivos colores azules encarnado y amarillo, es preciso que te dediques á un bonito ensayo que te ha de proporcionar un abundante manantial de placenteras distraccion. Por poco dinero puedes adquirir dos vasos de vidrio, destinada la una á recibir agua pura y la otra con dos aberturas, una arriba y otra abajo cuyo uso te voy á explicar. Esta segunda vasija de la misma forma, poco mas ó menos, que la primera, aunque un poco mas pequeña, debe ante todo recibir una de las mejores cebolletas de Jacinto, una cebolleta de flor, de bonito color encarnado, el *Sultan Soliman*, por ejemplo. Colocas esta cebolleta en situacion inversa á su posicion natural: la base arriba y la punta de la cual deben salir el tallo, las hojas y mas adelante las flores, hácia abajo. Estando agujereado el fondo del vaso, la punta de la cebolleta debe naturalmente, presentarse en el orificio de esta abertura. Situada así, se cubre la cebolleta con una mezcla de buena tierra de jardin y mantillo de hojas, hasta llenar las tres cuartas partes del vaso, y luego se coloca otra cebolleta de color vivo y opuesto al de la primera; por ejemplo, una variedad de flor azul, si aquella es encarnada, y vice versa, de modo que su punta corresponda al orificio de la abertura superior. Dispuesta así la vasija solo queda colocarla encima de la primera llena de agua.

Dos combinaciones semejantes harán mucho efecto colocadas en los dos extremos de la cornisa de la chimenea, en el aposento que mas se habita, y donde, por consiguiente, se enciende el fuego mientras dura el invierno. La tierra del vaso superior, al principio, y en seguida de colocadas las cebolletas, debe regarse con moderacion; luego se procurará mantenerla constantemente fresca sin exceso de humedad, repitiendo los riegos siempre que se eche de ver que empieza á secarse. Hé aquí lo que pasa después de algunos dias: la base de las dos cebolletas dá nacimiento á raíces derechas y blancas: las de la cebolleta invertida se revuelven y encorvan sobre si mismas, sin que por esto dejen de desempeñar bien sus funciones. Las dos cebolletas colocadas en sentido inverso una de otra, no tardan en dar hojas: las de la una dentro del agua, al aire las de la otra; aparecen luego, en medio del trasparente liquido, las yemas al extremo del tallo floral, y finalmente, las flores tan bellas, tan bien formadas, de tan hermoso color, rodeadas de un círculo de hojas de tan bonito verde como el de las partes correspondientes de la planta que dió nacimiento la cebolleta plantada en las condiciones ordinarias, que vegeta y se desarrolla en el aire, su elemento natural. Para que todas estas evoluciones se verifiquen, es necesario tiempo: las cebolletas plantadas en octubre se presentan en plena florescencia en febrero ó marzo. ¿Y no es una satisfaccion seguir todos los dias las fases de su desarrollo, sobre todo en el Jacinto, que acaba por florecer en el agua cabeza abajo?

#### Jacintos forzados en el agua.

Mientras que se verifican los curiosos fenómenos que se dejan apuntados, habrás podido poner en otros recipientes de vidrio blanco ó azul, algunas cebolletas de Jacintos cuya flor sea amarilla ó blanca: los tales recipientes procurará que tengan una forma adecuada para el objeto, é igual á los que se han indicado anteriormente, procurando tenerlos siempre llenos de agua, á fin de que el liquido moje constantemente la corona.

(1) Esto no es rigurosamente aplicable á España.

...el borde de la base de la cebolleta, sin pasar allá. Tanto para ir reponiendo el agua que haya faltando, como para el riego de la tierra en que vegetan las dos cebolletas una encima de otra, en posición inversa, no echarás en olvido el agua de que te valgas debe tener el temperamento del aposento; sin esta indispensable precaución, lo estropearías todo, y la florescencia de las cebolletas sería raquítica y miserable; no la desdices, pues, jamás.

*Junquillos: Azafranes.*

Las cebolletas del Junquillo se colocan lo mismo que las de los Jacintos, en el agua pura. Como se puede tener la certeza de que todas las cebolletas darán flor, dicta la prudencia que en cada vasija se pongan por lo menos tres de ellas, cubriéndolas con un disco de madera delgada que tenga tres agujeros á los que corresponda el vértice ó punta de las cebolletas; y así dispuestas, aguarda la época de su florescencia que es la misma que la de los Jacintos. En los intermedios de los recipientes, en los que las plantas bulbosas crecen únicamente á espensas del agua, se colocan algunas macetas llenas de tierra de estiércol mezclada por mitad con la de detritus de hojas, pues sola no sería bastante sustanciosa. En ella se plantan algunas cebolletas de Azafran, teniendo cuidado de agrupar ó reunir en la misma maceta las variedades de flor color de fuego, blanco rojo, blanco listado de violeta y violeta claro. Estas flores, que se anticipan al completo desarrollo de las hojas, forman un agradable contraste por la viveza de sus colores, con el amarillo de los Junquillos.

*Tulipan Duc-de-Tholl.*

En otras macetas parecidas á las indicadas y de la misma tierra mezclada, se plantan cebolletas de Tulipan Duc-de-Tholl; bellísimo tulipan, de tallo pequeño y pétalos de un rojo vivo, ribeteados de una franja de color amarillo oro.

Todas las plantas referidas dan flor en la misma época, é imprimen un sello de variedad notable en formas y colores á la florescencia del tulipan sobre la chimenea, en tanto que la estación permite la abundancia de flores al aire libre.

*Macetas para el jardín sobre la chimenea.*

Sean cuales fueren tus gustos y propensión á lo elegante, créeme, y no desprecies la experiencia de un jardinero encanecido entre las flores; jamás los Azafranes ni las Tulipas que se colocan sobre la chimenea, en otras macetas que las comunes ordinarias, de barro cocido, de un valor de dos á cuatro cuartos, segun sus dimensiones. Cubre, si quieres, su algo grosera superficie con papel barnizado, que adaptas á la misma, mediante algunos pliegues y recortando todo lo que esceda del borde superior: debajo de cada maceta puedes poner tambien un pedazo de porcelana, que es cuanto te puedo permitir en obsequio á la elegancia. Si plantas estas flores cebolletas en ricas macetas de loza ó porcelana pintada ó dorada, vegetarán con languidez y se defraudarán tus esperanzas, porque florecerán mal y tal vez no lleguen á dar flor. La índole porosa del barro cocido de las macetas comunes, es muy adecuada á las necesidades de vegetación de las raíces de los vegetales de adorno: pon estas macetas en contacto con el hierro ó la porcelana, á pesar de los mas esquisitos cuidados y precauciones, no obtendrás resultado alguno satisfactorio, no solo en el jardín sobre la chimenea, sino en todas partes.

(Se continuará.)

1.<sup>a</sup> En virtud de los tratados, será proclamada de nuevo y puesta á cubierto de todo ataque bajo la garantía colectiva de las potencias signatarias del futuro tratado, la independencia soberana de los estados italianos, aparte de las provincias poseídas por el Austria. Estos estados serán declarados neutrales é inviolables para siempre, y todo ataque dirigido contra su seguridad y su integridad se considerará como una cuestion de interés general, quedando todos obligados á respetar esta neutralidad, y á no emprender nada contra su tranquilidad interior y exterior. Además, no podrá ejercerse sobre esos estados por una de las potencias garantes ninguna proteccion exclusiva, y no habrá derecho alguno de intervencion en sus asuntos interiores sin un acuerdo prévio entre las cinco potencias.

2.<sup>a</sup> Los tratados particulares celebrados entre esos estados y las potencias signatarias, serán revisados y reformados, si á ello ha lugar, en conformidad á los principios de la proposicion que precede.

3.<sup>a</sup> Se examinará si los derechos de guarnicion atribuidos al Austria por el acta de 9 de junio de 1815, y el tratado de 10 de junio de 1817 en las ciudades de Ferrara, Comachio y Plasencia, son incompatibles con la independencia plena de los estados italianos, y si esos derechos no se hallan suficientemente compensados para el Austria con la adopcion de los principios de neutralidad y de garantía colectiva aplicados á aquellos estados. En todos los casos, los reglamentos de ejecucion acordados entre ellos y el Austria, serán revisados y ajustados á los términos prescritos en los tratados.

4.<sup>a</sup> Como la seguridad de los gobiernos y el bienestar de los pueblos dependen de la conformidad de sus instituciones con sus tendencias, sus deseos y sus necesidades, los príncipes soberanos de los estados de Italia, serán invitados á revisar las leyes políticas y administrativas que rijen sus principados. Consultando los deseos de sus pueblos y libremente en la plena independencia de su soberanía, harán esa revision. Se sobreentiende que en ningun caso las potencias podrán mezclarse, ni colectiva ni separadamente, en las relaciones de los gobiernos italianos con sus súbditos, ni en la administracion de sus estados.

5.<sup>a</sup> Las potencias se reservarán el derecho de presentar en el curso de las negociaciones y en consonancia al objeto que se proponen, condiciones particulares, además de las cuatro proposiciones que anteceden.

Como se ve, con la idea de la reunion de un Congreso diplomático, se vá aplazando la decision definitiva de paz y de guerra, y el tiempo que trascurre, si bien aumenta en unos sus instintos guerreros, en otros los apacigua, notándose esto último en varios periódicos austriacos, cuyo lenguaje no es ahora tan agresivo como ha sido anteriormente.

Sin embargo, cuanto mas secundarios son los estados alemanes, mas belicosos se muestran. Hé aquí como terminó un discurso, no há muchos días, el presidente de la segunda Cámara de Cassel. «La reunion de la Cámara, dijo, se verifica en medio de graves circunstancias. Amenazada está la paz de Europa por las disidencias de dos grandes estados, de los que uno pertenece á nuestra confederacion. Es de esperar todavia que las potencias mediadoras podrán conjurar tal peligro; pero si esto no se realiza será necesario entonces que Alemania vea si ha de permanecer como indiferente espectador de la guerra. Si bien nadie duda que los descendientes de los antiguos Celtas, fieles á sus tradiciones históricas de 2000 años, dejan de hallarse animados del mismo espíritu con que han demostrado que la conciencia de la unidad del pueblo alemán existe en todas las comarcas de nuestra patria, creo, sin embargo, que á la representacion nacional corresponde manifestar públicamente que los Hesseses están dispuestos á defender con toda su energía, y de acuerdo con los demás estados alemanes, el honor, la inviolabilidad y la independencia de nuestro territorio en donde quiera que se viere amenazado.»

El telégrafo habia anunciado recientemente que el ministerio inglés habia sido derrotado en la Cámara de los Comunes, aprobando esta por 330 votos contra 221 la enmienda que presentó lord John Russell al bill de reforma electoral que habia presentado el gabinete, enmienda que este habia combatido. El ministerio, sin embargo, ha creído mas prudente disolver el Parlamento que retirarse ante su derrota, lo cual prueba que la reina Vitoria quiere evitar las eventualidades que en la crítica situación actual de Europa podria traer consigo el cambio de gabinete británico.

Segun la *Presse*, la composicion definitiva del ministerio persa en Teheran ha sido la siguiente: —Farrokh-Kan, encargado del Guarda-sellos; Mirza-Seid-Kan, ministro de Negocios extranjeros; Mirza-Sadyk-Nouri, ministro de estado y de la casa del emperador; Mirza-Mohammed-Kan, ministro de la Guerra y jefe de los ejércitos del imperio; Abbas-Kenli-Khan, gran juez y ministro de Justicia; Mirza-Feglullad, ministro de dotaciones y pensiones vitalicias.

En la Bulgaria se ha temido algun movimiento revolucionario á consecuencia del recargo de los impuestos. Los Kurdos rehusaban suministrar el contingente de hombres para el servicio militar, y se temia que Isken-er-Bey, que debia dirigirse contra ellos, hallaria resistencia.

En Turquía han continuado, durante los últimos dias, los movimientos de tropas, habiendo salido para Schumla doce batallones y ochenta cañones. Estas prevenciones militares han obligado al conde de Lallemand á pedir esplicaciones al gran visir; pero sabemos por un despacho telegráfico, que solo se ha obtenido una contestacion evasiva.

La nueva combinacion ministerial se ha resuelto en la córte de Jassy, del modo siguiente: Juan Ghika, príncipe de Samos, ministro del Interior y presidente del Consejo; Hourmonzeki, de Justicia; Alkare, de Hacienda; Steege, de Obras Públicas; Stourza, de Instruccion pública y cultos; Vassili Alejandri, de Negocios extranjeros, y el general Milicesco, de la Guerra.

JANER.

CRÓNICA ESPAÑOLA.

La *Gaceta* del dia 1.<sup>o</sup> de abril publica, sancionado por S. M., el proyecto de ley de ferro-carriles andaluces que acaba de ser aprobado por las Cortes.

—La *Gaceta* del dia 2 publica un real decreto, mandando que cese el estado escepcional en que por disposicion del 20 de setiembre de 1858 se conservaban la zona y pueblos del alto Aragon.

—De real orden se ha resuelto: 1.<sup>o</sup> que se publique la relacion de las condecoraciones concedidas por S. M. á los sugetos que obtuvieron mas especial recomendacion de los gobernadores de provincias; 2.<sup>o</sup> que se publique igualmente la lista de las corporaciones y personas que en las localidades respectivas costearon los gastos de las operaciones del censo, á las cuales se den las gracias en su real nombre por el celo y noble desinterés que mostraron; 3.<sup>o</sup> que se acompañe relacion de las corporaciones y personas que coadyuvaron eficazmente, ya de oficio, ya por pura espontaneidad, á aquellas operaciones, haciéndose dignas del real aprecio, y 4.<sup>o</sup> que á todos los funcionarios públicos que figuran entre los especificados y recomendados, les sirva esta circunstancia para ser atendidos en sus respectivas carreras.

—De real orden se ha autorizado á D. Narciso Menard para que verificase los estudios de un ferro-carril que, partiendo de Rubí, enlace en la estacion de Papiol con la línea de Martorell á Barcelona.

—S. M. la reina ha dispuesto que el 10 de julio próximo se ilumine el nuevo faro de cuarto orden que se ha establecido en el cabo de Dartuch en Menorca.

—Por real orden de fecha 1.<sup>o</sup> del actual ha sido autorizado D. José María Palacio para llevar

CRÓNICA ESTRANJERA.

Si creemos al periódico de Bruselas titulado *El Norte*, la base de las deliberaciones que tomará el Congreso que va á reunirse para el arreglo de la cuestion italiana, serán las siguientes ó otras muy análogas:

á cabo los estudios de un ferro-carril que, partiendo de la línea general de Andalucía desde Andújar, y pasando por Martos y Alcaudete, bifurque por un lado en dirección á Granada, y por otro en la de Cabra y Lucena, terminando en la línea de Córdoba á Málaga.

—En la sesión del Congreso del día 2 del actual, puesto á votación el voto del Sr. Bugallal, que proponía que la petición de los suscritores á la estatua de Mendizabal pasase íntegro al gobierno, para que este resolviese, fué aprobada en votación ordinaria por una inmensa mayoría.

—En la sesión del Senado verificada el día 4 de abril, fué aprobado definitivamente el proyecto de ley sobre ensanche y mejora del puerto de Barcelona; fueron aprobados igualmente el proyecto fijando las fuerzas navales para el presente año, y el proyecto de pensión á D.<sup>a</sup> Juana Mendoza.

—En Barcelona se ha abierto una suscripción con el objeto de llevar á efecto la restauración artística del santuario de Montserrat, y la reedificación de la capilla de la Cueva de la Virgen, que es el sitio en donde fué encontrada la milagrosa imagen.

—En la Universidad de Valencia se celebró el día 31 de marzo la sesión anual de distribución de premios del Instituto médico valenciano.

—Dice un periódico que se ha fijado definitivamente el mes de mayo próximo para la apertura del ferro-carril de Madrid á Guadalajara.

—Trátase de formar en Alicante una sociedad de seguros mútuos de quintas, para lo cual han solicitado ya los socios la autorización correspondiente.

—En Huesca se ha acordado la construcción de un mercado, de que carece aquella capital. El sitio elegido al efecto es la plaza de las Aulas. También se trata de establecer fábricas de harinas, hilados y tejidos, en los pueblos de Pomar y Estiche, empleando como motor las aguas del Cinca.

—El último censo de la población de la isla de Cuba ha hecho ver que próximamente ascienden sus habitantes á un millón. La superficie total de la isla es de 47,278 millas cuadradas. Su producción consiste en azúcar, café y tabaco, cuyo valor anual se calcula en setenta millones de duros un año con otro; en este último quinquenio ha producido al gobierno de la metrópoli como unos trece millones de duros. Hay en la isla 1,442 ingenios de azúcar, y 912 haciendas dedicadas al cultivo del tabaco.

—Dice la *Gaceta Militar* que se ha elegido para la edificación de un polvorin el punto medio entre la Fuente Castellana y Chamartin, sitio en donde no hay peligro para la capital.

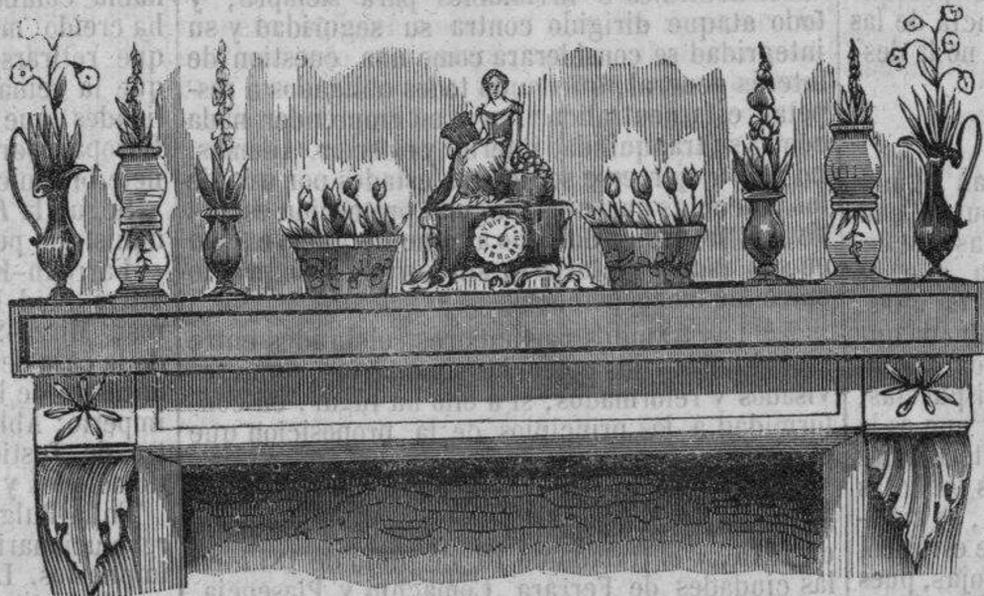
—El día 1.<sup>o</sup> del actual fué capturada la sirvienta que introdujo los ladrones en casa de los prestamistas de la calle del Duque de Alba. También ha sido preso el querido de la misma mujer. El dueño de la casa se llamaba D. Francisco Blasco. Se recibió de abogado en 1839, abriendo su despacho en Valencia y ejerciendo su profesión con estimación y crédito. Vino á Madrid en 1848 para formar compañía de comercio con su hermano, D. José María, que murió del cólera en 1855. Entonces estableció una casa de préstamos, que fué la causa de su muerte desgraciada. Se

han tomado mas de seiscientas declaraciones en esta causa. Ha sido capturado el que se cree jefe de los asesinos: llámase Ignacio Cabezado, y dice ser de oficio espartero. Los cómplices del robo pertenecían á una verdadera banda, de la cual van cogidos mas de veinte.

poco comun, se prestó á tomar parte en él. Dicho se está con esto, que los honores del triunfo en la indicada noche fueron para esta distinguida artista, que fué aplaudida con entusiasmo, tanto en la magnífica *Lamentación* del compositor español Sr. Ledesma, como en la sublime romanza de Meyerbeer *¡Oh mio figlio!* que tuvo que repetir entre atronadores bravos. También son dignos de especial mención la señora Santa María y señorita Murillo, en especial esta última, que cantó con un sentimiento y delicadeza, superiores á todo elogio, la romanza dramática del Sr. Guelbenzu, titulada *La Novicia*.

La entrada fué un lleno completo. El teatro Francés ha puesto en escena el vaudeville en un acto, titulado *Frontin, Mari Garçon*, en el que ha lucido como siempre sus excelentes doctores cómicas la simpática actriz Mlle. Celina Montaland, á la que han acompañado, haciéndose aplaudir, Mlle. Cesarie y MM. Montaland y James.

NUMA.



El jardín sobre la chimenea.

—Dice la *Correspondencia* del día 9 de abril que Méjico ha accedido á todo cuanto enérgica y dignamente habia reclamado de su buena fé y de su justicia el gobierno español.

JUAN DEL CORREO.

## REVISTA DE TEATROS.

Una zarzuela silbada, y un drama escuchado al principio con interés, despues con indiferencia, y por último con acompañamiento de toses y risotadas, tales son las obras dramáticas que desde nuestra anterior revista han pasado como un meteoro por nuestra escena, no habiendo dejado en pos de sí rastro ni señal alguna de su efímera existencia. Como no es, ni nunca ha sido nuestro ánimo ensañarnos con cadáveres, dejáremos que descansen en paz tanto la zarzuela en tres actos titulada *El Burlador burlado*, como el drama *La Linterna de Diógenes*, estrenado en el teatro del Principe. Séales, pues, la tierra leve, y sirva este desengaño de escarmiento á sus respectivos autores y á las empresas de ambos teatros, para que sean otra vez mas cautas en la admisión de obras.

En el coliseo del Circo ha vuelto á presentarse la eminente actriz Matilde Diez en el drama en dos actos *Una Ausencia*, habiendo sido muy aplaudida en los momentos de inspiración por el numeroso y escogido público que, como de costumbre, continúa llenando todas las noches el teatro. También estuvo muy acertada en el desempeño de su papel la simpática y estudiosa actriz Amalia Gutierrez. No menos felices estuvieron los señores Romea y Arjona. A la conclusión del drama fueron llamados á la escena todos los actores, y recibidos con una salva de aplausos.

Ahora, para concluir, hablaremos del quinto concierto sacro que ha tenido lugar últimamente en el coliseo de Jovellanos. El Sr. Salas, cuya infatigable actividad y buen deseo por complacer al público, se han hecho ya tan proverbiales, invitó para este concierto á la eminente artista Sra. Elena d'Angri, quien, con una galantería

## BIBLIOGRAFÍA ESTRANJERA.

*La Tribune des linguistes*.—París, 1859.—Con este titulo se publica en París desde hace pocos meses una notable revista científica dedicada especialmente á la reforma ortográfica, al origen y formación de los lenguajes, á los estudios de un idioma universal, etc. etc. Su director es Mr. Casimiro Henricy, y hasta ahora, en lo poco que de vida lleva tan importante publicación, ha sabido presentarla con una novedad y elevación de ideas que se ha captado el interés de los sabios europeos. La *Tribuna de los linguistas* recorre ya todos los países, y ofrece en todas partes un amplio campo de discusión digno del mayor elogio. Así es que ha publicado trabajos notabilísimos. Lo son sin duda alguna los que llevan por titulo: *Tratado de la reforma de la ortografía con esposición de los orígenes y transformaciones de la lengua francesa; De la escritura general. Paso de la escritura ideográfica á la escritura fonética; Origen y transformación del alfabeto; Causa de la diversidad de los idiomas; Estudios sobre la formación de las raíces semíticas*, etc., etc.—*La Tribune des linguistes* se publica por cuadernos mensuales, de excelente impresión.

*Juan Gutenberg, primer impresor*: sus hechos y discursos mas dignos de admiración y su muerte. Narración fiel, escrita por Fr. Dingelstedt, y traducida del alemán al francés por Gustavo Revilliod. La vida del célebre Gutenberg no puede menos de interesar sobre manera, pues sabidos son los adelantos que deben todas las naciones á su maravilloso y utilísimo invento. Esta obra forma un pequeño volumen impreso en papel vitela, con caracteres del siglo xvi, y adornado con seis grabados al agua fuerte por A. Gandon.

JANER.

Por todo lo no firmado, Carlos Bailly-Bailliere,  
—editor responsable y propietario.—

SUMARIO. *Preciosa*, por J. T. de Saint-Germain, pág. 257.—*El Angel malo*, por Juan de la Cruz Berrio, pág. 262.—*Curso familiar de literatura*, por Lamartine, pág. 265.—*Sección científica*, pág. 268.—*El Jardinero de los salones*, por Isabeau, pág. 269.—*Crónica estranjera*, pág. 271.—*Crónica española*, pág. 271.—*Revista de teatros*, pág. 272.—*Bibliografía estranjera*, pág. 272.

**Advertencia importante.**—La Administración de este SEMANARIO tiene tomadas todas las medidas para que la repartición de los números en Madrid y su remisión á las Provincias se haga con la mayor puntualidad; así es que toda reclamación que no se haga en Madrid hasta el lunes siguiente á la repartición del número, y en Provincias á los ocho dias de su publicación, no será atendida, y el suscriptor abonará por cada número 4 cuartos en Madrid y 6 en Provincias.

**Otra.**—Siendo propiedad de la empresa las materias contenidas en LA LECTURA PARA TODOS, se prohíbe su reproducción en todo ó en parte.

CHAMBERI DE MADRID: 1859.—Imp. de C. Bailly-Bailliere.